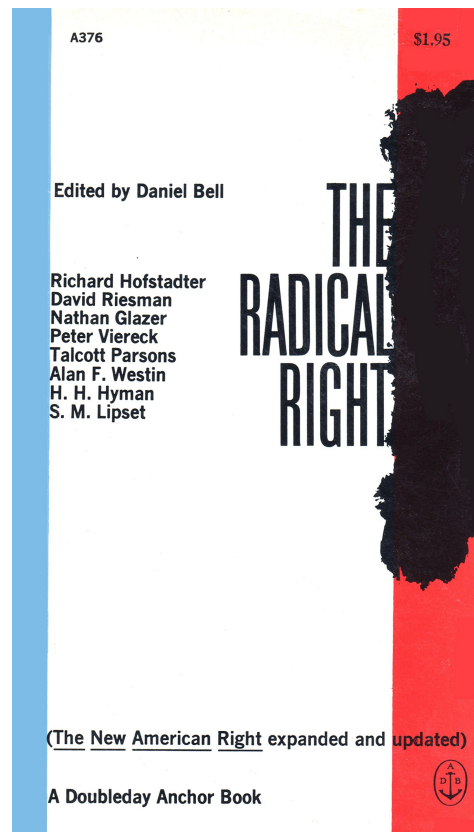


Los desposeídos (1962)

Daniel BELL

Traducción de Rubén Díez García, Ariel Sribman y Graciela Merigó*



* **Nota editorial:** Traducción a partir del capítulo titulado "The dispossessed", en D. Bell (ed.), *The radical right. The new american right expanded and updated* (pp.1-38). Doubleday & Company.

Nota de la traducción: Este texto ha sido traducido por Rubén Díez García, Ariel Sribman y Graciela Merigó durante el verano de 2021. Queremos agradecer encarecidamente a David A. Bell, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton e hijo del autor de la versión original en inglés, su beneplácito para con la traducción tan solo a cambio de hacerle llegar la versión en español una vez publicada. El texto original cuenta con un total de 24 notas de su autor, Daniel Bell, que en la presente versión en español se han emplazado al final del texto (en números romanos). En algunas ediciones estas 24 notas aparecen a pie de página, en otras al final del capítulo. En la versión española que aquí presentamos las notas al pie que se incluyen (en números arábigos) son comentarios o anotaciones a la traducción del texto original de Bell y son, por tanto, autoría de los traductores.

Cómo citar:

Bell, Daniel [1962] (2021). Los desposeídos. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21(2), tc2103.

El estadounidense aún no ha tenido que enfrentar las pruebas de Job... Hasta ahora Estados Unidos ha sido la tierra de la buena voluntad universal, la confianza en la vida, la inexperiencia en los venenos. Hasta ayer se creía inmune a las plagas hereditarias de la humanidad. No daba crédito al peligro de ser sofocado o contaminado por algún siniestro principio. (George Santayana, *Character and Opinion in the United States*)¹

En el invierno de 1961/1962, la "derecha radical" emergió de forma repentina y notoria en la escena política estadounidense. Las razones directas de su presencia no son difíciles de entender. Sencillamente pasó a un primer plano por el hecho de que el Partido Republicano, ahora fuera del poder, comenzaba a polarizarse sin poder evitarlo (al igual que los Demócratas, si hubieran estado fuera del poder, se habrían probablemente dividido por la cuestión de la integración y de los derechos civiles). Los Republicanos de derechas tienen una ideología —quizá son el único grupo en el acontecer estadounidense que hoy día posee una— pero durante la administración Eisenhower quedaron atrapados dado que "su" partido se encontraba en el poder y el sistema político estadounidense, asiduo a los acuerdos y las sanciones, no invita a exponer fácilmente las divisiones políticas de orden ideológico —o incluso de principios—. Una administración que está gobernando, cuando posee apoyos y prestigio, puede correr un tupido velo sobre las divisiones que son inherentes a todo partido. Pero fuera del Gobierno tales conflictos forzosamente emergen, y así ocurrió en el seno del Partido Republicano². Evidentemente, en todo esto hay algo más que una mera competencia por hacerse con el poder dentro del partido. Algo nuevo ha estado aconteciendo en la vida estadounidense. Y no es el rencor de la derecha radical, porque el rencor ha sido una característica recurrente del temperamento político estadounidense. Tampoco es algo nuevo recurrir al infundio o a teorías de la conspiración, la vida estadounidense ya se ha visto degradada en el pasado por esas formas de proceder. Lo que es nuevo, y es por eso por lo que el problema adquiere importancia más allá de la cuestión de la lucha por el control del partido, es la ideología de este movimiento: su predisposición a prescindir de los procedimientos constitucionales y a suspender las libertades, a justificar métodos comunistas en la lucha contra el Comunismo.

Pocos países en el mundo han sido capaces de mantener un sistema [de organización] social que permita que el poder político pase pacíficamente de un grupo social a otro sin la amenaza de que surjan hostilidades o, es más, una guerra civil. A mediados del siglo XX observamos que centros históricos de la civilización como Francia, por no hablar de

1 Existe versión en español, *El carácter y la opinión en Estados Unidos: Recuerdos de William James, Josiah Royce y de la vida académica en Norteamérica* (2020, KRK Ediciones). Esta versión incluye un interesante prólogo de José Beltrán y Daniel Moreno, y traducción de Fernando Lida. Hijo de diplomático, Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana y Borrás, George Santayana (1893-1952), fue un filósofo y escritor de origen español nacido en Madrid, pero educado desde niño en Boston. Se formó en la Universidad de Harvard donde también desarrolló su carrera académica hasta 1912. Desde entonces se asentó en Europa, estableciéndose definitivamente en Roma tras residir en París y Oxford, dejando una ingente obra académica y literaria.

2 En el texto original el autor emplea el acrónimo GOP, de uso habitual en los Estados Unidos para referirse al Partido Republicano, también conocido como *Grand Old Party*.

los estados que recién comienzan a construir estructuras democráticas viables, se encuentran desgarrados por grupos ideológicos que no van a aceptar un sistema político basado en el consenso. Sólo un pequeño grupo de países —principalmente de tradición política anglosajona o escandinava— han logrado establecer, siguiendo la expresión de Edward Shils, sistemas políticos de carácter civil³. Hoy, la ideología de la derecha en Estados Unidos representa una amenaza para la política estadounidense de carácter civil. Su contumacia y métodos amenazan con socavar los “frágiles consensos” que están en la base de su sistema político.

Creo que la derecha radical representa solo una pequeña minoría, pero gana fuerza a consecuencia del desconcierto que provoca entre los conservadores el carácter cambiante de la vida estadounidense. Lo que teme la derecha en su conjunto es la erosión de su propia posición social, el colapso de su poder, la creciente ininteligibilidad de un mundo —en la actualidad muy técnico y de una complejidad abrumadoras— que ha cambiado de forma drástica y de por vida.

La derecha, por tanto, se defiende atacando desde la retaguardia. Sin embargo, sus variadas muestras de ansiedad ilustran lo profundo de las fracturas abiertas en el conjunto de la sociedad estadounidense, como resultado de los complejos cambios estructurales que han venido teniendo lugar alrededor de los últimos treinta años. Y más aún, revelan que la reacción que históricamente ha dado la sociedad estadounidense a las situaciones de crisis social, su característico estilo norteamericano, ya no se adecua a tales cometidos.

1. El surgimiento de la derecha radical

Los grupos sociales desposeídos buscan constantemente un blanco sobre el que descargar su resentimiento, objetivos con los que poder justificar su situación. En este sentido, la derecha radical de principios de los sesenta no es muy diferente de los populistas de la década de 1890, quienes durante años recurrieron con éxito a fórmulas simplonas, tales como “*Wall Street*”, “la banca internacional” y “los *Trusts*”⁴, para justificar sus fines políticos. En la década de 1960, lo que despierta un especial resentimiento entre la derecha radical es el sentimiento de deslealtad, no tanto de sus “enemigos”, como de sus “amigos”.

3 Coeditor junto a Talcott Parsons del tratado *Toward a General Theory of Action* (1951, Cambridge, Harvard University Press), el profesor Edward Shils (1910-1995) fue un gran conocedor del pensamiento y de la obra de Weber, Mannheim y Simmel a los que tradujo al inglés. Tras servir en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial fue profesor de Sociología en la Universidad de Chicago, y colaborador de la *London School of Economics* y del *King's College* de Cambridge. Para una exploración —*ad hoc* a la época— de su perspectiva en el campo de la sociología política, encuadrada ésta en la tradición del liberalismo político, y de su propuesta de ideal político sobre el carácter civil de las democracias, puede verse Warner (1966). En esta misma tradición se encuadran sociólogos como Jeffrey Alexander y su propuesta sobre la *esfera civil* (véase Alexander y Díez García, 2021).

4 “Grupo de empresas unidas para monopolizar el mercado y controlar los precios en su propio beneficio”, *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* (dle.rae.es/trust).

Después de veinte años de gobierno del Partido Demócrata, la derecha del Partido Republicano tenía la esperanza de que la elección de Dwight Eisenhower engendrara su propia utopía: el desmantelamiento del estado de bienestar, el control de los sindicatos y, como por arte de magia, el repliegue del comunismo en Europa. Nada de esto ocurrió. El Secretario de Trabajo de Eisenhower cortejó a los sindicatos, se ampliaron coberturas y beneficios de la seguridad social y, durante la recesión, se extendieron las prestaciones por desempleo, mientras que el gobierno, en una senda genuinamente keynesiana, alcanzó un déficit presupuestario de doce mil millones de dólares. En política exterior, el Secretario de Estado Dulles proclamó primero una “política de liberación” y luego la retiró; jugó discursivamente con fuego [*brinkmanship*] pero actuó con cautela; anunció una política de “represalias masivas”, pero la abandonó hacia el final de su mandato. Así, los siguientes movimientos de Eisenhower de cara a las cumbres internacionales no fueron diferentes de la “política de contención” de Truman y Acheson. Incluso resultaban más tenues que ésta desde la perspectiva de la derecha más dura⁵. Fue así, que ocho años de moderación resultaron más frustrantes que veinte de oposición.

Una vez que los Demócratas volvieron al poder, cabía la posibilidad de que las acusaciones de indulgencia con el Comunismo volvieron a convertirse en un problema político, además de ideológico. Y la derecha radical se apresuró a actuar. El fracaso absoluto en Cuba —el propio nombre del lugar elegido para el desembarco de la frustrada invasión de Bahía de Cochinos se tornó en cruel broma histórica— parecía reforzar la imagen de Estados Unidos que surgió del callejón sin salida en que se convirtió la guerra de Corea una década antes —la imagen de un poder torpe y que actúa a trompicones, carente de voluntad, inseguro de su propia fuerza, indeciso respecto a qué rumbo tomar, a la defensiva. El trasfondo que subyace a la derecha radical fue enunciado en unas declaraciones del Contralmirante retirado, Chester Ward, director en Washington del Consejo de Seguridad de Estados Unidos: “Los estadounidenses están cansados de derrotas. Están cansados de rendiciones encubiertas de negociaciones y acuerdos. De hecho, están cansados de tanta palabrería y tan poca acción por parte de nuestros líderes. Por primera vez en dieciséis años de guerra fría, una demanda de victoria comienza a llegar a Washington”.

Así se preparó el escenario.

5 Mientras que desde la administración del Presidente republicano Dwight D. Eisenhower (1953-1961), con John Foster Dulles como Secretario de Estado, se aludía a estrategias geopolíticas y de política exterior de mayor contundencia —la “política de liberación” de los países en poder del Comunismo, por ejemplo, como recurso retórico en los inicios del mandato, o la política de “represalias masivas”—, en la administración de su antecesor, el Presidente demócrata Harry S. Truman (1945-1953) de quien Dean Gooderham Acheson fuera su Secretario de Estado, se abogaba por una doctrina o “política de contención” del Comunismo, acciones de política exterior de gran envergadura como el Plan Marshall en Europa se enmarcan en tal estrategia. El concepto *massive retaliation* fue acuñado por el Secretario Dulles, y atribuye la capacidad de responder de forma contundente los ataques del bloque enemigo, pero simboliza también el estado de miedo a que conducía la dinámica de “suma cero” que tuvo lugar durante la Guerra Fría —la posible destrucción mutua de ambos bloques— derivada de una potencial escalada de ataques nucleares.

La vertiginosa mala fama de la derecha radical a principios de 1961 vino precipitada por la saña con que atacaban a sus oponentes, y por la rápida propagación del movimiento en muy diferentes lugares. El *macartismo* de mediados de la década de 1950 nunca fue un movimiento organizado; era más que nada una atmósfera de miedo propiciada por un solo hombre, una suerte de intrépido aventurero que a golpe de espada recortaba y dejaba su huella en los titulares de prensa. En algunas localidades, —en Hollywood, en Broadway, también en algunas universidades— grupos de vigilancia iniciaron a nivel particular una obstinada campaña contra comunistas o antiguos simpatizantes, pero en líneas generales la principal campaña de agitación fue dirigida por legisladores del Congreso o estatales con el objetivo de afianzar su poder en el gobierno, utilizando para ello comisiones de investigación legislativa⁶. Por el contrario, la derecha radical de los años sesenta aglutina una multitud de organizaciones que aparentemente han logrado provocar una intensa reacción emocional de sus entregados seguidores.

Tres elementos confluyeron para que la derecha radical atrajera la atención de la opinión pública. En primer lugar, salió a la luz la *John Birch Society*, un grupo de carácter conspiratorio y de difícil acceso, obediente a un solo líder, Robert Welch, quien defendía que sólo se podían combatir los métodos del Comunismo empleando métodos comunistas. Tanto así que la lista de sus miembros nunca llegó a divulgarse, se organizaban en diferentes frentes para llevar a cabo sus campañas de acción (como la campaña de recusación contra el Presidente del Tribunal Supremo Warren, que acabó por dar un giro de tintes grotescos e írseles de las manos, con llamamientos a "colgarlo"), y como símbolo de patriotismo se hacían llamar con el nombre de un capitán del ejército que había muerto en China por disparos de los comunistas⁷.

En segundo lugar, se puso de moda la celebración de seminarios de una semana de duración, una suerte de "escuelas" anticomunistas, bajo la tutela de predicadores evangelistas que adaptaron sus viejas técnicas de evangelización a un lenguaje más actual, y que se extendieron por diferentes zonas del país, particularmente en el Suroeste y en California. Estas escuelas prometían iniciar al estudiante en los "misterios" del comunismo, revelando sus fines ocultos, o desenmascarando la filosofía del "materialismo dialéctico". Y, en tercer lugar, se destapó la existencia de grupos extremistas fanáticos que, como los *Minutemen*⁸, organizaban cursillos prácticos de "guerra de guerrillas", con uso de rifles y morteros, a fin de entrenamiento para el día en que, como patriotas, tuvieran

6 En particular, el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara [*House Un-American Activities Committee*], al que se refiere el autor más adelante.

7 El Capitán John [Morrison] Birch. Organización de referencia para la derecha radical durante los años sesenta, la existencia de la *John Birch Society* se prolonga más allá de la época dorada del anticomunismo durante la Guerra Fría, al mando su líder y fundador Robert Welch, que falleció en 1985. Sobre el significado y peso de Welch puede visitarse la propia web de la organización en la actualidad (jbs.org/about/robert-welch). Igualmente, para explorar el carácter icónico y novelado de la figura y los sucesos que justifican el propio nombre de la organización (jbs.org/about/john-birch). El volumen del que forma parte el texto original de Daniel Bell, cuya traducción aquí presentamos, incluye un interesante capítulo, firmado por Alan F. Westin, sobre el ideario y dinámicas de acción de esta organización a principios de la década de 1960, *The John Birch Society: "Radical Right" and "Extreme Left" in The Political Context of Post World War II*.

que echarse al monte para organizar la resistencia contra una *America*⁹ entregada al Comunismo. Estos movimientos marginales, ridículos como eran, ilustraban la histeria que se había apoderado de algunos sectores de la derecha radical.

Sorprendentemente, este estado de agitación de la derecha radical —así como la expansión de estos seminarios y cursillos— vino provocado en gran medida por la propia administración Eisenhower. En 1958, el Consejo de Seguridad Nacional emitió una directiva, aún sin publicar, en la que se señalaba que, en el marco de las políticas del gobierno de los Estados Unidos, éste podría, en palabras del Senador Fulbright, “hacer uso de personal militar y de instalaciones [del ejército] para despertar entre el público la amenaza del comunismo”¹⁰. Siguiendo esta directiva, la Junta de Jefes de Estado Mayor y la Escuela Nacional de Guerra entraron en consultas con el Instituto de Investigación de Política Exterior de la Universidad de Pensilvania y el Instituto de Estrategia Estadounidense (creación de la [Smith] Richardson Foundation)¹⁰, para planificar un currículo y seminarios dirigidos a oficiales en la reserva y empresarios locales. Se adoptó un texto básico, *American Strategy for the Nuclear Age*, editado por Walter F. Hahn y John C. Neff, de la Universidad de Pennsylvania. Otro texto igualmente influyente fue *Protracted Conflict*, de Robert Strausz-Hupe y el Coronel William Kintner, un libro en el que argumentan que no es posible entablar negociaciones con los líderes rusos para llegar a un acuerdo estable. Estos dos últimos autores ni forman parte de, ni deben identificarse con los extremistas, de la derecha radical. Sus argumentos son serios y están sujetos al debate y las evaluaciones críticas de otros académicos. Sin embargo, las acciones iniciadas por la Junta de Jefes de Estado Mayor dieron lugar a la celebración de una gran cantidad de “*Proyectos Alerta*” [*Projects Alert*]¹¹ y seminarios en los que oficiales de la Armada y del Ejército de tierra adoctrinaban a los asistentes, yendo mucho más allá de lo que en un principio establecía la directiva del Consejo de Seguridad Nacional, y dando pábulo en estas sesiones a los promotores de la derecha radical.

En agosto de 1960, (como se detalla en el memorándum Fulbright), la Estación Aero-naval de los Estados Unidos, en Glenview, Illinois, invitó a líderes de la comunidad y empresarios al seminario *Education for American Security*¹². Este seminario se anunciaba

8 Para indagar sobre este grupo nativista y extremista armado, y su líder y fundador Robert Bolivar DePugh, puede consultarse el informe de 1965 del FBI (que John Edgar Hoover dirigiera con mano de hierro entre los años 1935 y 1972), titulado *Minutemen: Extremist Guerilla Warfare Group*, (disponible en: archive.org/details/MinutemenExtremistGuerillaWarfareGroup).

9 En la versión original Bell utiliza en todo momento los términos *America* o *American*, que hemos traducido para esta versión en español, salvo en esta ocasión concreta, como Estados Unidos o estadounidense, Norteamérica o norteamericano / norteamericana.

10 Una breve reseña, autocomplaciente, sobre los orígenes de esta fundación de corte conservador puede consultarse en su web: srf.org/our-mission-history.

11 A grandes rasgos, los *Projects Alert* fueron seminarios diseñados para “alertar al personal militar y civil de los problemas de la infiltración comunista” en Estados Unidos. Véase, *Military Cold War Education and Speech Review Policies: Hearings Before the United States Senate Committee on Armed Services, Subcommittee on Special Preparedness, Eighty-Seventh Congress, 1962*.

12 Que traducimos como “Educación para la Seguridad de los Estados Unidos”.

con el propósito de espolear una fuerza activa contra la “decadencia moral, la apatía política y la quiebra espiritual”, y de enseñar a los participantes cómo replicar experiencias similares en otras comunidades del Medio Oeste. En la conferencia participaron varios oficiales navales de alto rango. Pero también contó con la participación del Dr. Fred C. Schwarz, fundador de la Cruzada Cristiana Anticomunista; de E. Merrill Root, autor de *Brainwashing in the High Schools and Collectivism on the Campus*, y patrocinador de la *John Birch Society*; y de Richard Arens, exdirector de investigación del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara, y miembro de la Cruzada Cristiana de Schwarz. En las intervenciones que tuvieron lugar durante las sesiones, señalaba el *Christian Century*, semanario liberal protestante publicado en Chicago, no solo se atacaba el Comunismo, sino que igualmente reprobaban a “liberales, modernistas, John Dewey, estudiantes de Harvard, el New York Times, el *American Friends Service Committee*¹³, pacifistas, pastores religiosos naif”, y así sucesivamente.

Fue este mismo cóctel en el que se mezclaba el patrocinio de oficiales militares y la propaganda de los activistas de la derecha radical el que caracterizó a docenas de seminarios similares en todo el país. El 21 de abril de 1961, la Cámara de Comercio del Gran Pittsburgh patrocinó el Seminario *Fourth-Dimensional Warfare*¹⁴, que contó con la colaboración del Comandante General del 2º Ejército de los Estados Unidos, el Teniente General Ridgely Gaither, y su personal. Durante las sesiones de este seminario se proyectó el documental *Operation Abolition* del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara¹⁵, y el orador principal, el Almirante retirado Chester Ward, arremetió contra los asesores del Presidente, Adlai Stevenson y George Kennan. El Almirante entendía que las posiciones sobre política exterior de estos asesores podrían atemperar al ciudadano de a pie. En la conferencia *Strategy for Survival*, celebrada los días 14 y 15 de abril en Fort Smith, Fayetteville, y Little Rock, Arkansas, y patrocinada por la Cámara de Comercio local y promovida por el Mayor General Bullock, el comandante del área, se escuchó a oradores del Harding College, una pequeña institución baptista en Searcy, Arkansas, fuente de una cantidad sustancial de material de referencia de extrema derecha. Entre las actividades contempladas en el programa del seminario estaba la proyección del filme *Communism on the Map*¹⁶, producido por el Harding College, en el que se equiparan

13 Para una breve introducción a la historia de esta organización no gubernamental de orientación cuáquera, fundada durante la Primera Guerra Mundial para favorecer la objeción de conciencia, puede verse su actual página web: afsc.org/content/history-afsc.

14 Esta expresión alude a una perspectiva que entiende el “conflicto en cuatro dimensiones”. Los cuatro frentes (o dimensiones) en los que Estados Unidos debía dar la batalla para derrotar a los soviéticos: por tierra, mar y aire, pero también en una cuarta dimensión, la de la guerra psicológica. En este sentido, el conflicto deja de ser entendido como aun asunto estrictamente militar para incorporar la esfera civil.

15 Este vetusto documental propagandístico del Comité de Actividades Antiamericanas puede visualizarse en el enlace: youtube.com/watch?v=AwUaYhdWqT4.

16 *Communism on the Map* fue uno de los filmes más controvertidos del *National Education Program* (NEP), fundado por el presidente del Harding College, George S. Benson, que anteriormente y durante una década larga había sido misionero en China, y conjugaba una fuerte y radical orientación religiosa cristiana con su anticomunismo militante. Este Programa produjo, con base en el Harding College, un numeroso material

Socialismo y Comunismo. Asimismo, en la Estación Aeronaval de Pensacola para entrenamiento militar, en Florida, se organizó un *Project Alert* sobre la base de materiales elaborados por el Harding College, y el mismo programa se repitió en similares ejercicios de simulacros de "alerta" en Georgia, Carolina del Sur y Texas. El Dr. Fred C. Schwarz celebró un seminario en la sede del 8º Distrito Naval, en Nueva Orleans, respaldado por el Comandante Contralmirante W. G. Schindler. Y la Cruzada Cristiana Anticomunista de Schwarz celebró el foro *Houston Freedom Forum* en el que el Almirante F. W. Warder pronunció el discurso de apertura.

Y así fue. En casi todas las regiones del país, en seminarios, escuelas y proyectos, organizados por los militares o por grupos de empresarios en cooperación con los militares, éstos se dedicaron a difundir la propaganda de la derecha radical, proporcionando una extensa aura de autoridad y legitimidad a dicha propaganda y a los valedores de la derecha radical, como por ejemplo el Reverendo Dr. Schwarz y el Reverendo Billy Hargis.

2. La postura psicológica

El arsenal psicológico de la derecha radical reposa sobre un triple reclamo: la quiebra de la fuerza moral en los Estados Unidos; una teoría de la conspiración en torno a la existencia de un "aparato de control" instalado en el gobierno que está traicionando al país; y un pronóstico detallado sobre la "toma de poder" de los Estados Unidos por los comunistas.

Un argumento fundamental en la fuerza de atracción que exhibe la derecha radical es que el patriotismo caduco ha sido subvertido por [la figura de] el intelectual cosmopolita. Un editorial de la *National Review*¹⁷ sobre el vuelo espacial del astronauta John Glenn resume este tema de manera llamativa. Glenn, señalaba el editorial, es un auténtico héroe estadounidense porque no se avergüenza de decir que se emociona cuando ondea la bandera de Estados Unidos, y que agradecerá abiertamente la guía de Dios:

Es [una imagen de lo] 'estadounidense' como [la que se reflejaba] en los antiguos libros de cuentos, en las leyendas, y en los mitos y los sueños, —adaptados a los tiempos del mundo tecnológico, naturalmente—, digámoslo claramente, como en las celebraciones del 4 de julio de antes de la década de 1930; y [como se reflejaba] en las portadas del *Saturday Evening Post*¹⁸ que, también, no hace mucho, se volvieron modernas; y [una imagen que tiene un] aire de telenovela. Sí, [una imagen] un poco cursi, por eso es el estilo tradicional norteamericano. Dema-

propagandístico impreso y audiovisual, que se difundió en semanarios propios, artículos de prensa, programas radiofónicos y un programa televisivo, conferencias, seminarios y a través de listas de correo postal.

¹⁷ *National Review* es una influyente revista de opinión conservadora fundada en 1955. En la actualidad sigue siendo un referente para el conservadurismo en Estados Unidos, publicando tanto en formato impreso como digital: nationalreview.com/about.

¹⁸ Publicación semanal con dos siglos de historia, famosa desde principios del siglo XX por el diseño de sus portadas (véase: saturdayeveningpost.com/history-saturday-evening-post; y puede consultarse su archivo en: saturdayeveningpost.com/issues/?issue-year=1950)

siado cursi, de lejos, para los Norman Cousins, Arthur Schlesingers, Adlai Stevensons, Henry Steele Commagers, Max Lerner, John Kenneth Galbraiths, y aquellos otros de nuestra ilustrada era —muchos de ellos ahora revoloteando alrededor del trono de Kennedy— que hace tiempo que han dejado atrás el viejo maíz provinciano y se han pasado a una mezcla global más embriagadora.

Aquí [en este editorial] uno encuentra un elogio a las virtudes “simples” —[o “pequeñas virtudes”] que siempre son sencillas—, la evocación de la vida [bucólica] de la pequeña ciudad, la sencillez de la Arcadia frente a lo moderno, la sofisticación, el cosmopolitismo. Pero el vuelo de Glenn, según el editorial, demostraba algo más: venía a manifestar la victoria del “hombre” frente a la “máquina” e, implícitamente, contra el intelectual. “Lo uno y lo otro salió mal, todos aprendimos, con la increíble complejidad de los mecanismos de la nave de Glenn, mientras atravesaba el vacío dando vueltas en el espacio”, continuaba [el editorial de] *National Review*:

El control de altitud no funcionaba bien. Había problemas en algunos de los instrumentos de comunicación. Una señal indicó que el cierre del escudo térmico era inestable. En definitiva, que la mecánica [de la nave] no funcionó, y fue el hombre quien se hizo cargo de llevar la *Friendship 7* a su puerto de forma imprevista... Y eso es una buena noticia, aunque casi ni debería ser noticia. Es buena [noticia] desde un punto de técnico, porque los estadounidenses, con nuestra obsesión por los artefactos tecnológicos y nuestro gusto desmesurado por la comodidad, la seguridad y el bienestar, tendemos a llenar todas nuestras máquinas y vehículos con un montón de dispositivos de complicado manejo. Cada transistor adicional en estos mecanismos automáticos libera un mayor número de conexiones; la apertura de cada una de las válvulas es susceptible de fallo; cada uno de los fusibles puede quemarse. Muchos ingenieros experimentados creen que esta tendencia hacia una excesiva complejidad está detrás de no pocos de nuestros problemas con misiles y misiones espaciales. Aún es mejor noticia, desde un punto de vista, podríamos decir, filosófico, porque nos recuerda que no existe, y nunca existirá, una máquina que tenga la capacidad de pensar por sí misma. Sólo el hombre piensa, tiene voluntad, decide, asume retos. Ninguna máquina, ya sea sobre la tierra, en el mar, el aire o en el espacio, puede suplantar y hacer el trabajo del hombre: [quien] puede elegir, para bien o para mal.

El hecho de que sea también “el hombre” quien diseña las máquinas, claro está, no tiene relevancia para el editorial. Su conclusión es bastante clara: no permitas que nadie nos diga que las misiones espaciales (o la política, la economía, o la vida) son complicadas; las máquinas nunca podrán ser perfectas (“la apertura de cada una de las válvulas es susceptible de fallo; cada uno de los fusibles puede quemarse”); sólo el “hombre” (no el científico, el intelectual, o el experimentado ingeniero) puede pensar. En resumen, Estados Unidos recobrarán de nuevo la estabilidad cuando prevalezca la sencillez de las virtudes “simples”.

El tema de la conspiración es una obsesión para los seguidores de la derecha radical. Les permite construir una imagen en torno a [qué o quiénes son] los hijos de la oscuridad y los hijos de la luz. Les exime de tener que recurrir a datos empíricos [en sus argumentos]. El general Edwin Walker [por ejemplo] señaló ante un comité del Congreso que existía un “aparato de control” dedicado a “traicionar la Constitución, la soberanía nacional y la independencia de la nación”, sin embargo, cuando se le invitó a que con-

cretara quienes eran los miembros de ese aparato de control, respondió que no podía dar los nombres, pero que [la existencia de] el aparato podía identificarse “por sus resultados, por lo que hizo en Cuba, lo que hizo en el Congo, lo que hizo en Corea”.

Lo irónico de su respuesta es que está cortada por el mismo patrón que las vulgares argumentaciones bolcheviques: lo accidental y lo contingente queda descartado de la historia, los propósitos subjetivos son una monserga de la “moral burguesa”, la historia sigue un guion y es, [se presenta como] consecuencia objetiva. De la misma manera que en un campo de concentración —o en cualquier situación extrema— la víctima hace suyas inconscientemente las formas, los modales e incluso la arrogancia del agresor, también hombres como el General Walker parecen haber quedado hipnotizados por los enemigos a los que ha estudiado tan diligentemente y con espeluznante fascinación.

Y para cerrar el círculo del horror, la derecha radical nos ha brindado un pronóstico exacto de lo que está por venir. Así como los “entusiastas” predicadores del fundamentalismo baptista podrían predecir con certeza bíblica la fecha del fin del mundo, los fundamentalistas de la derecha radical hacen sus propias predicciones sobre el fin de la libertad en los Estados Unidos. Fred Schwarz ha señalado el año 1973 como la fecha fijada por los comunistas para la toma de posesión de América. En sus conferencias, Schwarz desarrolla ante la audiencia una representación del destino final que les espera una vez ganen los comunistas. “Cuando vienen por ti, como han hecho con muchos otros, y en una noche oscura, en un sótano húmedo, sacan un revólver de gran calibre con una bala [expansiva] de punta blanda, y te lo colocan en la nuca...”

Fantasías más elaboradas proporciona *The John Franklin Letters*, una novela *Birchite*¹⁹ que circuló en 1959, y que luego fue retiradaⁱⁱ. La novela retrata unos Estados Unidos soviéticos por los Comunistas en 1970. El principio del fin tiene lugar en 1963, cuando la Organización Mundial de la Salud envía [al país] a un inspector yugoslavo, con poderes otorgados por el presidente de los Estados Unidos, para inspeccionar cualquier casa a su elección. El yugoslavo descubre en casa de un buen hombre un archivo de revistas anticomunistas, que le son incautadas como perniciosas para la salud mental de la comunidad, entonces el hombre le pega un tiro al inspector y huye al bosque. Pero la infiltración sigue su curso. Para 1970, Estados Unidos, gracias a los naifs idealistas globales, ha pasado a formar parte de un Orden Mundial dominado por el bloque Soviético-Asiático-Africano, autoridad que suspende la propia soberanía del país a consecuencia del “histórico genocidio psicológico” ejercido contra los negros. Los administradores de las Naciones Unidas, en su mayoría chinos comunistas, son enviados a gobernar [el país]. Harlem, triunfante, se revela y saquea las licorerías. El proletariado de la ciudad, destruido su sentido de la decencia por la [política de] vivienda pública, comienza a asaltar los barrios residenciales. En poco tiempo, veinte millones de estadounidenses “son eli-

19 Los términos *Birchite* o *Bircher* aluden a las personas que son miembros o seguidores de la John Birch Society.

minados”, mientras la gente es torturada con soplete a ritmo de *rock and roll* en la televisión.

Mientras tanto, los buenos estadounidenses comienzan a contraatacar. Ya desde 1967, John Franklin y sus amigos habían estado haciendo acopio de rifles. Y ahora es momento de actuar. Franklin describe detalladamente y de forma grotesca un total de catorce asesinatos [como si fueran actos] patrióticos: dos quemados, otro [golpeado] con un martillo, otro estrangulado, otros dos con arco y flecha, otro arrojado por una ventana, otro por ahogamiento y el resto por disparos con armas de fuego. Estas valerosas acciones son suficientes para cambiar el rumbo de las cosas —a pesar de la [aparición de la] bomba atómica, [la presencia de] un enorme ejército de invasión y [la instauración] del terror absoluto. Para 1976, en todo el mundo la gente sale a las calles y el Comunismo cae por todas partes. La conjetura es que el Comunismo es tan ineficiente que no puede construir tanques ni armamento pesado. [Y que] Todo lo que se necesita para derrocar a este Moloch falto de ingenio es el coraje de unos pocos hombres decididos a poner en práctica las virtudes “simples”.

“Esto, por supuesto”, como observa Murray Kempton, “es el sueño *Bircher*. Estados Unidos se desliza sumisamente hacia el Comunismo; unos pocos Mike Hammers²⁰ encuentran sus rifles; y en cinco años el mundo es libre. La mentalidad *Birch* viene a ser como la mentalidad de Mickey Spillane. Se da [en ambos] esa forma de entretenimiento que se regocija con la violencia física en estado puro, la fantasía de los desarmados. Leyendo *The John Franklin Letters*, podemos reconocer la voz de Robert Welch. Él es Charles Atlas²¹ diciéndonos de nuevo que solo necesitamos enviar una carta por correo para hacer crecer nuestros músculos y poder deshacernos del matón de la playa, y que así la chica con los ojos vidriosos fije su mirada en nosotros al darse cuenta repentinamente de lo especiales que somos”.

El tema de fondo para la derecha radical no es sólo que el Comunismo representa hoy una fuerza más amenazante que la que podamos encontrar en cualquier otro momento de los últimos cuarenta años, sino que la amenaza es tan fuerte a nivel nacional como lo es en el exterior [del país]. Si uno señala, atónito, que el Partido Comunista Americano [*American Communist Party*] se encuentra tremendamente dividido, que su nivel de afiliación es el más bajo desde mediados de la década de 1920, que su influencia en el movi-

20 En alusión a personajes de ficción como Mike Hammer, creación del novelista y creador de aventuras de comic Mickey Spillane. En las novelas y comics, llevadas al cine en varias ocasiones y a la televisión en formato serie en la década de 1980, que protagoniza el detective, patriota y anticomunista, Mike Hammer, éste es representado como un tipo duro e impaciente que no duda en hacer uso de la violencia para lograr sus objetivos, aun saltándose la ley —al estilo de personajes como Harry el Sucio, interpretado por Clint Eastwood—.

21 Charles Atlas (1892-1972) fue un culturista estadounidense —nacido en Calabria, Italia, y emigrado a Nueva York a la edad de 11 años— muy popular gracias a sus métodos de entrenamiento personal, que le llevó a generar un negocio multimillonario dando a conocer sus programas de entrenamiento y su propio personaje a través de icónicos anuncios publicitarios en formato comic. Todo un precursor de los Stallones, Schwarzeneggers o Van Dammes de la segunda mitad del siglo XX.

miento sindical es nula, y que hoy en día ninguna figura intelectual de cierta relevancia es Comunista, las respuestas de la derecha [a este respecto] no encaran en lo más mínimo estas afirmaciones. Van desde [por ejemplo] la pregunta, ‘de ser así, cómo es que Estados Unidos “perdió” China, Checoslovaquia y Cuba frente a los comunistas’, hasta acusaciones directas, como la del general Walker, de que los más altos funcionarios del Partido Demócrata son miembros de la “conspiración comunista”, o la afirmación de Robert Welch de que el expresidente Eisenhower fue un “títere” de los comunistas y que su hermano Milton es un comunista confeso. La derrota es posible sólo si hay hombres siniestros al mandoⁱⁱⁱ.

De hecho, es tal la preocupación por la supuesta amenaza interna [que supone el Comunismo] que rara vez en la prensa de la derecha radical se menciona la destreza militar de Rusia, el talento de sus científicos, o su capacidad para propulsar misiles balísticos intercontinentales. Cuando se plantean estos hechos, a menudo se afirma que tales fortalezas son una farsa, o bien que cualquier conocimiento en manos de Rusia ha sido “robado” [previamente] a los Estados Unidos (como sostiene, por ejemplo, Medford Evans, ahora asesor del General Walker, en su libro publicado en 1953 *The Secret War for the A-Bomb*). Durante un período de tiempo considerable, de hecho, las revistas de la derecha radical se negaron a reconocer que los rusos habían enviado un *sputnik* a la luna o un hombre al espacio y, como el *Daily Worker*²² cuando desenmascara una [supuesta] conspiración capitalista, aprovecharon con júbilo las inconsistencias que presentaban algunas noticias para afirmar que estábamos siendo embaucados con engaños (como, presumiblemente, le estaba ocurriendo a las estaciones de seguimiento de los Estados Unidos).

La idea de que existe una amenaza *interna* de gran calibre es crucial para la postura ideológica, si no psicológica, de la derecha radical, ya que, si admitiera dudas respecto de tal amenaza, el debate tendría que desplazarse entonces hacia un terreno en el que [la derecha radical] tiene una capacidad de comprensión limitada, o las gentes de la derecha radical tendrían que admitir —como hizo Eisenhower— que en política exterior la capacidad de maniobra es muy reducida. Si se admitiera que la amenaza en gran medida es externa, uno tendría que estar a favor de incrementar el presupuesto federal, de un cuantioso gasto militar, del envío de ayuda exterior a los países aliados, y también de enfrentar el intrincado asunto de que el poder estadounidense por sí solo no es suficiente para derrotar a los rusos —io que la victoria no sería posible para nadie una vez estallara la guerra!— y que Estados Unidos no debe perder de vista a las fuerzas que están trabajando por la independencia de un pretérito mundo colonial.

El rechazo de la derecha radical a reconocer la fuerza militar rusa como un factor de primer orden que sustenta el terror mutuo, y su preocupación compulsiva por una su-

22 Periódico histórico del Partido Comunista de los Estados Unidos que se publicó entre 1921 y 1958. Se ha dado continuidad a esta publicación bajo otros nombres desde entonces y su legado lo recoge en la actualidad la publicación (online desde 2010) *People's World* (peoplesworld.org/about-the-peoples-world)

puesta amenaza interna, tal vez puedan percibirse de forma más clara recurriendo a un mecanismo psicológico que no suele ser bien entendido —la necesidad de crear amenazas que justifiquen nuestro miedo con el propósito de dar una explicación al temor que nos provocan otros motivos. Por ejemplo, un niño con miedo a la oscuridad puede contar a sus padres que esos ruidos extraños que escucha en casa evidencian que hay ladrones merodeando por la planta baja. Si [los padres] le dicen al niño que no hay ningún ladrón o que esos ruidos son inofensivos, éste no se va a quedar tranquilo, porque él necesita esa historia para justificar el miedo que siente. De hecho, el niño se siente molesto si [sus padres] tratan de calmarlo. (La respuesta más sencilla es decirle al niño que en caso de haber ladrones en el piso de abajo, su padre es lo suficientemente fuerte como para hacerles frente o que la policía está cerca). De manera similar, un estudio de Prasad en la India reveló que los rumores que las personas propagaron tras un terremoto en las áreas colindantes que no se habían visto afectadas, y sin haber tenido experiencia directa en el suceso, persistieron en su creencia y en la difusión de rumores sobre el hecho de que se avecinaba un nuevo terremoto. La función que tenían estas historias era la de justificar, psicológicamente, los *incipientes* sentimientos de temor [infundado], que no tenían una relación directa con la experiencia^{iv}. En resumen, la derecha radical necesita encontrar alguna historia o argumento que le permita explicar o justificar su difusa sensación de miedo. Uno puede negar la realidad externa, y construirse una amenaza interna, por medio de estos mecanismos psicológicos.

Uno observa en la derecha radical, particularmente entre individuos de clase media-alta que nunca han visto a un comunista, extraordinarios sentimientos de aprensión sobre el grado de la actual infiltración comunista en el gobierno. Si uno les pide que expliquen estas actitudes, te recuerdan constantemente los nombres de Alger Hiss y Harry Dexter White²³. Aún más, sea cual sea la realidad de una anterior infiltración comunista en el gobierno —y eso que su alcance se ha distorsionado enormemente en cuanto a la influencia que ésta ejerciera realmente— nada de esto ofrece prueba alguna sobre el actual estatus de Dean Rusk o W. W. Rostow, o cualquiera de los actuales asesores en materia de política exterior de la administración Kennedy. Aún con todo, es fundamentalmente el recurso a la amenaza *interna* el único al que [la derecha radical] apela machaconamente, junto a los celos que despiertan las actitudes “sumisas” de la actual administración.

23 Alger Hiss y Harry Dexter White fueron acusados de espionaje en favor de la Unión Soviética en 1948. Alger Hiss era un alto funcionario del Departamento de Estado y como resultado de esta acusación fue juzgado en 1950 y sentenciado a 5 años de prisión por perjurio, siendo puesto en libertad antes del cumplimiento íntegro de la condena, en noviembre de 1954. Durante los años previos al juicio y su encarcelamiento, Hiss participó como funcionario de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas en el establecimiento de esta misma organización internacional. Por otra parte, el reconocido economista Harry Dexter White era funcionario del Departamento del Tesoro y su papel fue determinante en la Conferencia de Breton Woods y en la conformación de la estructura del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Falleció de un ataque al corazón a los tres días de testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas en agosto de 1948.

Es en buena parte entre los sectores más extremistas de la derecha radical en los que circulan esos delirantes puntos de vista. Pero la derecha radical en su mayoría, consciente en su inquietud de la dificultad de sostener la postura de que la amenaza interna proviene únicamente del Partido Comunista, ha trasladado el argumento a un terreno diferente y más nebuloso: la identificación del comunismo con el liberalismo. “Yo equiparo el crecimiento del estado de bienestar”, dice Dan Smoot, un exagente del FBI cuyo programa, *The Dan Smoot Report*, se [ve y] escucha en treinta y dos canales de televisión y cincuenta y dos estaciones de radio, “con el Socialismo y el Socialismo con el Comunismo”. A continuación, se argumenta que la administración no está dispuesta (por razones ideológicas) o es incapaz (por razones intelectuales) de “plantarle cara” al Comunismo. Y de esta manera, los asuntos relativos a la política exterior quedan vinculados a una amplia gama de cuestiones internas de la derecha, que giran en torno a los impuestos sobre la renta y el estado de bienestar.

Pero con este giro argumental, la naturaleza del debate se vuelve más clara [en realidad]. Contra lo que esencialmente está luchando la derecha, a la sombra del Comunismo, es la “modernidad” —ese complejo [conjunto] de actitudes que podría definirse de forma más sencilla como la confianza en las apreciaciones de carácter racional para valorar los cambios sociales, en vez de en costumbres ya establecidas—; y lo que procura defender es su predominio [que está] en declive, el cual hace tiempo ejercía a través de las instituciones de la pequeña ciudad de los Estados Unidos, para controlar el cambio social. Pero son precisamente estos modos establecidos [de acción] los que un moderno Estados Unidos se ha visto obligado a cuestionar.

3. La crisis del estilo nacional

Cada país tiene un “estilo nacional”, una manera propia de abordar los problemas de orden y adaptación, de conflicto y consenso, de fines personales y bienestar común, a los que se enfrenta toda sociedad. El “estilo nacional”, o ese modo característico de respuesta, es un compuesto de los valores y el carácter nacional de un país^v. Como sabe todo aquel que haya leído crónicas de viajes, desde larga data ha existido acuerdo acerca de los rasgos del estilo norteamericano.

El estadounidense ha sido reconocido por su sentido del éxito, su activismo, su dinamismo, su ansia de experiencias. Norteamérica siempre ha estado orientada al futuro. Europa representaba el pasado, con sus jerarquías, sus estatus fijos, sus lazos con la antigüedad. El americano “se hace” a sí mismo, y durante ese proceso se transforma, y transforma la sociedad y la naturaleza^{vi}. Según el deísmo de Jefferson, Dios no era un ser trascendental sino un “Trabajador” cuyo intrincado designio estaba siendo desplegado en el continente americano. Esa orientación hacia el éxito anunciaba un “futuro infinito”, una vida de superación constante. Educación significaba, antes que refinamiento, preparación para una carrera. Cuando se le preguntó a Samuel Gompers, inmigrante y

líder laborista, cuál era el objetivo del trabajo, cifró sagazmente el espíritu americano en una respuesta simple: "Más".

El sentido del éxito venía de la mano con el del optimismo: la sensación de que la vida era dócil, el entorno era manipulable; todo era posible. El norteamericano, el hombre nacido una vez, era el moralista creativo y equilibrado, para quien el pecado y el mal eran, en palabras de Emerson, meramente "las paperas y el sarampión y la tos convulsa del alma". En este sentido, el norteamericano ha sido el "americano tranquilo" de Graham Greene o el "inexperimentado en venenos" de Santayana. Por esta razón los europeos siempre han percibido en Norteamérica una falta de sentido estético, trágico, suntuoso^{vii}.

El éxito estadounidense y el optimismo masculino crearon un sentido optimista del progreso, casi de omnipotencia. Norteamérica nunca había sido vencida. Era cada vez más grande y mejor. Siempre iba en primer lugar. Tenía los edificios más altos, los diques más grandes, las ciudades más extensas. "La expresión más notable del materialismo norteamericano", señalaba Santayana, "es su peculiar preocupación por la cantidad".

Y todo esto se reflejaba en aspectos distintivos de carácter. El énfasis en el éxito era un énfasis en el individuo. La idea de que la sociedad era un sistema de arreglos sociales que actúa para limitar el campo del comportamiento individual era una abstracción ajena al pensamiento estadounidense; la realidad era concreta y empírica, y el individuo era la unidad moral de acción. Esa peculiar inversión norteamericana del protestantismo, el estilo moralizante, encontró su centro en la idea de reforma, pero se trataba de la reforma del individuo, no de las instituciones sociales. Reformar significaba remediar los defectos de carácter, y el movimiento norteamericano de reforma del siglo XIX se enfocó en el pecado, la bebida, el juego, la prostitución y otros aspectos del comportamiento individual. En política, el residuo moralista condujo a los juicios maniqueístas: si algo estaba mal, la culpa era del individuo. En tanto había buenos y malos hombres, el problema consistía en escoger a los primeros y rehuir de los segundos. Todo defecto en las políticas nacía de un fallo en el individuo, y un cambio en aquéllas sólo podría comenzar con el hallazgo del culpable.

Todo esto —el patrón de éxito, de optimismo y de progreso, y el énfasis en el individuo como unidad de atención— fue condensado por W.W. Rostow en la denominación "estilo norteamericano clásico"^{viii}. Se trataba de acuerdos *ad-hoc* derivados de un consenso implícito. En los debates políticos estadounidenses era muy infrecuente, a excepción de la Guerra Civil, la apelación a "principios fundamentales", tal como ocurría, por ejemplo, en Francia, donde toda división política se originaba en los posicionamientos ante la Revolución de 1789 o en la relación de la Iglesia Católica con el Estado secular. En Estados Unidos había tres asunciones tácitas: que se debía maximizar los valores del individuo, que la creciente riqueza material disolvería las tensiones derivadas de la desigualdad, y

que la continuidad de la experiencia proveería soluciones para cualquier problema futuro.

En los últimos quince años, la autoconciencia nacional ha recibido un impacto profundo. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la productividad y la prodigalidad norteamericanas inspirarían a una Europa arcaica y un sistema colonial retrógrado. Pero la centuria estadounidense se desvaneció rápidamente. La caída de China, el punto muerto en Corea, la erupción del anticolonialismo (con Estados Unidos lanzado de manera apabullante hacia el bando de los archivillanos), las tasas de crecimiento más altas en las economías del occidente europeo mientras la expansión estadounidense se ralentizaba notablemente, y las continuas alegaciones de Khrushchev de que el comunismo es la ola del futuro; todo ello ha hecho estallar la vieja e ingenua creencia de los estadounidenses en su propia omnipotencia, y ha sedimentado una ansiedad descontrolada en relación al futuro. De manera crudamente simbólica, los *sputniks* rusos batieron a Estados Unidos en su propio terreno: la alegación jactanciosa de ser siempre los primeros. Llegar los primeros a la luna puede tener, tal como afirman muchos especialistas, escaso valor científico, y las inmensas sumas requeridas para tal empresa podrían ser gastadas más sabiamente en medicina, vivienda o investigación científica. Pero habiendo establecido las "reglas del juego", ahora Estados Unidos no puede permitirse una retirada simplemente por haber comenzado a darse cuenta, gracias a una perspicacia de reciente adquisición, de que esas competiciones son más bien infantiles.

Pero estas crisis nerviosas no hacen sino reflejar desafíos más profundos al ajuste del estilo nacional americano clásico. Éste, con su consenso *ad-hoc* y su parcheo cotidiano en lugar de una formación consistente de políticas, ha dejado de darnos pautas para la acción. La noción clásica era que los derechos eran inherentes a los individuos. Pero el principal descubrimiento de los últimos treinta años es que no son los *individuos* sino las *colectividades* (corporaciones, sindicatos, organizaciones agrarias, grupos de presión) quienes han devenido en unidades de acción social, y que los derechos individuales derivan en muchos casos de los derechos grupales, y en otros casos se han fusionado con ellos. Aparte del delgado velo del "consenso público", tenemos pocas directrices, y menos aún un principio de justicia distributiva que regule o controle el poder arbitrario de muchas de esas colectividades.

Una segunda señal de que el estilo clásico se ha quebrado aparece en la falta de medios institucionales para crear y mantener los servicios públicos necesarios. A nivel municipal, el complicado intercambio político entre cientos de comunidades dispersas dentro de una región económica unificada, cada una persiguiendo su propio beneficio en la provisión de agua, la eliminación de aguas residuales, carreteras, parques, áreas de recreación, regulación del crimen, tráfico, etcétera, transforma el proceso *ad-hoc* en una bufonada. Sin un grado mínimo de planificación en torno a líneas regionales viables, la

vida comunitaria local está condenada a tambalearse bajo el peso de impuestos crecientes y desorden social.

Y, tercero, la política exterior se ha hundido porque todas las administraciones han tenido dificultades en definir un interés nacional, arraigado en la moral, cuyas políticas puedan ser ajustadas realísticamente a las capacidades y restricciones impuestas por la realidad del poder mundial. La tentación fácil —y es el tema de la derecha radical— es el discurso agresivo de llamada a la acción. El énfasis en la acción —en que las cosas sean hechas, en los resultados— es un aspecto dominante del carácter tradicional norteamericano. El estilo moralizante, con el foco puesto en el pecado y en la culpabilidad del individuo, encuentra difícil aceptar a las fuerzas sociales como explicación convincente del fracaso, y prefiere en su lugar a la “acción”. Pocas veces los estadounidenses han sabido soportar la ansiedad, esperar, calcular en términos históricos, aprender que la “acción” no puede revertir fácilmente derivas sociales cuyos cursos fueron trazados mucho tiempo atrás. La “política de liberación” de la primera Administración Eisenhower no fue sino moralismo vacío, derivado de la falta de una política consistente que no fuera la necesidad de parecer “activista” (nuevamente, parte del estilo clásico), y no de una valoración realista de la posibilidad de minar el poder soviético en Europa oriental. Hasta hace poco tiempo ha habido escasa evidencia de que la política exterior estadounidense estuviera guiada por un sentido del tiempo histórico y una tasación rigurosa de las fuerzas sociales.

Los estilos de acción reflejan el carácter de una sociedad. El estilo clásico fue elaborado durante un período en el que Norteamérica era una sociedad agraria, relativamente homogénea, aislada del mundo en términos generales, de modo que las medidas *ad-hoc* eran una forma realista de lidiar con las nuevas tensiones. Como mecanismo de adaptación, sirvió para incorporar a nuevos grupos en la sociedad. Pero los estilos de acción, como la retórica, tienen la costumbre de sobrevivir a las instituciones. Y el estilo clásico no refleja en modo alguno los profundos cambios estructurales que han tenido lugar en la vida estadounidense durante el último cuarto de siglo.

4. Las fuentes de tensión

Aunque esta crisis del estilo nacional puede detectarse más contundentemente en el ámbito de la política exterior, durante los últimos treinta años se han operado profundos cambios en la estructura social, que han redibujado el mapa social del país, alterando las oportunidades de vida establecidas y las perspectivas de los viejos grupos privilegiados, y creando incertezas acerca del futuro que resultan profundamente inquietantes para aquellos cuyos valores habían sido moldeados por la moral “individualista” de la Norteamérica decimonónica.

Los cambios más penetrantes son los relativos a las relaciones estructurales entre posición de clase y poder. Hoy, claramente, la posición política antes que la riqueza, y la ha-

bilidad técnica antes que la propiedad, se han erigido como bases desde las cuales se ejerce el poder. En los modos de acceso al privilegio, la herencia ya no lo determina todo, ni la “iniciativa individual” en la construcción del propio negocio existe como un camino realista; en general, la educación se convertido en la principal vía de adquisición de las destrezas técnicas necesarias para los empleos administrativos y los que implican ejercicio del poder.

En la vieja mitología, aquello que uno conseguía era un hecho individual —como doctor, abogado, profesor, hombre de negocios—; en la realidad actual, esos logros, estatus y prestigio se originan en colectividades particulares (la corporación, tener filiación en un hospital de renombre, enseñar en una universidad prestigiosa, ser miembro de un bufete de abogados reconocido), y el rol del individuo queda necesariamente supeditado a los logros de la colectividad. Dentro de cada colectividad y cada profesión, la proliferación de tareas requiere especializaciones más y más estrechas, y esta proliferación requiere colectividades más grandes, con el consecuente crecimiento de jerarquías y burocracias.

La nueva naturaleza de la toma de decisiones —el rol ampliado de la decisión técnica— fuerza asimismo un desplazamiento de las viejas élites. En un entorno corporativo, las nuevas técnicas de investigación operativa y programación lineal prácticamente equivalen a la “automatización” de los mandos intermedios y su desplazamiento por matemáticos e ingenieros, que trabajan dentro de la compañía o como consultores externos. En la economía, el hombre de negocios se encuentra sujeto a criterios de precio, salario e inversión impuestos por los economistas del gobierno. En el sistema de gobierno, las viejas élites militares deben competir por la determinación de la estrategia con los científicos, que poseen el conocimiento técnico sobre capacidad nuclear, el desarrollo de misiles y demás; o con los “intelectuales militares”, cuyas concepciones de los sistemas armamentísticos y la guerra política buscan dirigir las asignaciones militares.

En el sentido más amplio, la expansión de la educación, de la investigación, de la administración y del gobierno crea una nueva comunidad: la *intelligentsia* técnica y profesional; y mientras estos colectivos no se ven impelidos por algún *ethos* común a constituir una nueva clase, o siquiera un grupo social cohesionado, son los productos de un nuevo sistema de reclutamiento para el poder (tal como la propiedad y la herencia representaban el sistema antiguo). Y comprensiblemente, los productos de ese sistema antiguo sienten un vago y perturbador desasosiego: el desasosiego de los desposeídos.

5. Los desposeídos generacionales

Muchos de los cambios políticos que transformaron la sociedad norteamericana nacieron de medidas tomadas hace treinta años o más. En muchos casos, tales cambios se incorporaron irrevocablemente en la estructura de la sociedad estadounidense. ¿Por qué, en-

tonces, sus consecuencias —y las reacciones a ellas— se manifiestan y producen semejantes enconos en este momento?

Fue Walter Bagehot quien afirmó que la Ley de Reforma de 1832 fue “ganada” en 1865, es decir, que las reformas políticas se consolidan a través del cambio generacional. La legislación nueva puede introducir un conjunto de reformas, pero la administración de la ley, su interpretación jurídica y su ejercicio están en manos de una generación política vieja, que puede amortiguar los cambios. Solamente cuando la nueva generación alcanza la mayoría de edad es que se hace con las riendas del poder judicial y la burocracia, y los hombres educados en el “nuevo espíritu de la época” ocupan los espacios del poder establecido.

En este sentido, la aplicación social del *New Deal* dio sus frutos treinta años más tarde. Mientras la Administración Roosevelt creó una hueste de nuevas agencias regulatorias, el poder judicial seguía reflejando mayoritariamente el *ancien régime* en sus valores y perspectiva social. Y aunque no existía una burocracia firmemente arraigada —como las de Alemania, Francia o Gran Bretaña— que impidiera o torciera esas reformas, la falta de una *intelligentsia* amplia dificultó el dotar de personal a esas agencias reguladoras sin recurrir a la comunidad empresarial, las asociaciones de comerciantes y similares. Así, mientras los actos de la Administración Roosevelt les parecían sorprendentemente revolucionarios a muchos conservadores, la comunidad empresarial (el principal grupo cuyo poder era mermado) pudo, a través de los tribunales, el Congreso, y con frecuencia las agencias administrativas, modificar sustancialmente las restricciones de las regulaciones.

El hecho paradójico es que mientras el *New Deal* ha perdido mucho de su significado a nivel ideológico o retórico, la tela del Estado —particularmente el poder judicial— ha sido retejida con hilo liberal, de modo que en muchos asuntos significativos —derechos civiles, protección de minorías, extensión del bienestar— los tribunales han resultado más liberales que las administraciones. Solamente el Congreso, reflejando el desproporcionado poder de las áreas rurales y el sistema de primacía por antigüedad, ha quedado predominantemente bajo control conservador.

Al identificar a “los desposeídos” resulta un tanto engañoso el buscar su ubicación económica, puesto que no es solamente e interés económico lo que explica sus ansiedades. Un pequeño comerciante puede haber amasado una considerable cantidad de dinero en la última década (en parte porque tiene mayor libertad que una gran corporación a la hora de enmascarar costes con fines impositivos) y, a pesar de ello, deplorar las regulaciones impuestas desde Washington, el alto impuesto a la renta o, más específicamente, su propia falta de estatus. En la medida en que cualquier ubicación económica es posible, se puede decir que el grupo social más amenazado por los cambios estructurales en la sociedad es la “vieja” clase media —el médico autónomo, el dueño de una granja, el abogado de un pequeño pueblo, el promotor inmobiliario, el constructor, el vendedor de

coches, el dueño de una gasolinera, el pequeño comerciante, etc.—; y que, regionalmente, su mayor concentración política se encuentra en el Sur y el Suroeste, y en California. Pero un indicio mucho más claro de en qué grupo recae la mayor ansiedad — puesto que los estilos de vida y los valores proveen el combustible emocional de las creencias y las acciones— es la presión del fundamentalismo protestante o el nacionalismo nativista, del moralismo maniqueo —el bien contra el mal— en que se basa la cosmovisión de tales personas^{ix}. Porque este es el grupo cuyos valores predominaron en el siglo XIX, y que durante los últimos cuarenta años ha estado sosteniendo la lucha desde la retaguardia.

La presente marejada de nativismo norteamericano —un aspecto de la derecha radical— encuentra su paralelismo más directo en la década de 1920, en los virulentos asaltos a la lealtad de los profesores por parte de los clérigos en nombre de Dios, y de organizaciones patrióticas como la *American Legion*²⁴ en nombre del país. Estos conflictos — expresados de manera más patente en el juicio de *Scopes* por la enseñanza de la teoría de la evolución en Tennessee, y los belicosos esfuerzos del alcalde Big Bill Thompson en Chicago por extirpar toda referencia favorable a Gran Bretaña de los libros de texto escolares— eran entre “fundamentalistas” y “modernistas”, entre “patriotas” e “internacionalistas”.

Estas escaramuzas de los años 1920 fueron los primeros ataques defensivos de los nativistas y las viejas clases medias. Surgieron como reacción al ingreso en la sociedad de los grupos previamente privados del derecho al voto, particularmente los hijos de inmigrantes y los miembros de minorías étnicas (un ingreso logrado a través de las maquinarias políticas urbanas, única carretera principal abierta para ellos). En síntesis, fue una reacción al ascenso de la sociedad de masas.

Hasta mediados de la década de 1920, Estados Unidos había sido política y culturalmente, en sus capas altas y medias, una sociedad predominantemente homogénea. Como señaló Walter Lippmann en 1928, en una ignorada pero clarividente descripción de la época, *American Inquisitors*, “aquellos que diferían en religión o nacionalidad de la gran masa del pueblo no ocupaban ningún papel importante en la política norteamericana. Realizaban trabajos de baja categoría, no tenían influencia alguna en la sociedad, no tenían conciencia de sí mismos y no producían líderes propios. Pero en líneas generales, dentro de los propios estados, el grupo dominante tenía una mentalidad común y su dominio no era disputado”^x.

Sin embargo, con el tiempo comenzó a serlo, principalmente desde las ciudades. 1920 fue el primer año de la historia norteamericana en que una mayoría de personas vivió en “territorio urbano”^{xi}. Los hijos y nietos de inmigrantes comenzaron a alcanzar la mayoría de edad política. El movimiento hacia las ciudades y la gradual ascendencia cultural de la vida metropolitana sobre las áreas rurales, acentuadas por el ascenso del auto-

24 Organización de veteranos de guerra fundada en 1919.

móvil, el cine, la radio —creando por primera vez una cultura nacional popular— comenzaron a amenazar las costumbres y creencias establecidas. Así, ya no había —como señaló Lippmann en su momento— “una comunidad fuertemente afianzada, asentada en sus costumbres, homogénea en sus modos, clara en sus creencias últimas. Hay una gran diversidad, y por lo tanto hay semillas para el conflicto”.

Enfrentados con el crecimiento de las creencias “heréticas”, los fundamentalistas religiosos de Tennessee desplegaron el argumento, obvio para ellos, de que la enseñanza en las escuelas debía ajustarse al punto de vista de la mayoría. Si la gente de Tennessee no creía en la evolución, tenían derecho a exigir que su enseñanza fuera detenida. Y de acuerdo al irónico comentario de Lippmann, la ley de Jefferson que establecía la libertad religiosa en Virginia, en 1786, ofrecía una garantía para esa exigencia populista, al declarar que “obligar a un hombre a realizar contribuciones monetarias para la propagación de opiniones de las que desconfía es pecaminoso y tiránico”.

Intelectualmente, los fundamentalistas fueron vencidos y los modernistas triunfaron; sus puntos de vista pasaron a predominar en el país. Pero el temperamento fundamentalista de los años 1920 aún mantiene una fuerte influencia en los estados predominantemente rurales. Como ha apuntado David Danzig, “los Estados que repudiaron el darwinismo y a Al Smith destacan hoy entre los diecinueve que han aprobado las leyes de ‘Derecho al Trabajo’ desde 1950”^{xii}. Y, paradójicamente, aunque han devenido intelectual y socialmente desposeídos, las “regiones” fundamentalistas han alcanzado nuevas cotas de riqueza en los últimos quince años aproximadamente. La industrialización del Sur y el Suroeste, el boom inmobiliario, la riqueza a borbotones de petróleo en Texas y Oklahoma han transformado las iglesias fundamentalistas y el movimiento baptista del Sur en un grupo de clase media y media-alta. No sorprende que, poseyendo estas nuevas riquezas, los grupos fundamentalistas hayan descubierto la inequidad del impuesto sobre la renta.

Las ideas sociales del fundamentalismo son bastante tradicionales: el retorno a las virtudes “simples” de la iniciativa y la autonomía individuales^{xiii}. En términos políticos, esto significa el desmantelamiento de gran parte del programa de seguridad social, eliminar el impuesto sobre la renta, reducir el rol del gobierno federal en la vida económica y devolver a los estados y a los gobiernos locales las principales responsabilidades legislativas en materia de bienestar, empleo y ámbitos similares^{xiv}.

Hasta ahora, gran parte de la fuerza política de la derecha provenía de su habilidad para bloquear la redistribución de escaños en las legislaturas estatales (y para practicar *gerrymandering*²⁵ sobre los asientos del Congreso). Ello resultaba en una representación severamente desproporcionada de los pequeños pueblos y las áreas rurales en ambas

25 Este término alude a la práctica partidista cuyo objetivo es obtener una ventaja electoral mediante el rediseño de los límites geográficos de las circunscripciones electorales, ya sea a través de su unión o de su división, como técnicas de concentración o dispersión del voto. Al respecto véase el reciente artículo de Annick Laruelle (2021).

asambleas. En Tennessee, la flagrante omisión de redibujar el mapa de distritos electorales por parte del estado precipitó la decisión de la Corte Suprema de abril de 1962, por la que se ordenaba la reasignación de asientos. Allí, aunque la constitución estadual especificaba que se debía realizar tal reasignación cada diez años, la legislatura estadual había rechazado desde 1901 todas las leyes que impulsaban el cumplimiento de ese mandato. Como resultado, en la votación al Senado del Estado de Tennessee, un tercio del electorado nominaba a dos tercios de los legisladores. En casi todos los estados de la Unión se podían apuntar desproporciones de similar fosforescencia, aunque ninguna tan estupefaciente como la de California, donde el único senador de Los Ángeles representa a 6.038.771 personas, mientras que un colega de un área rural representa a 14.294 personas: una razón de 422,5 a 1. En cuarenta y cuatro estados, menos del cuarenta por ciento de la población puede elegir una mayoría de los legisladores del estado; en trece estados, menos de un tercio de votantes puede elegir una mayoría. Está por ver cuán rápido cambiará esto ahora que las cortes federales tienen el poder de actuar.

6. Los gerentes desposeídos

Contar a la clase ejecutiva gerencial entre los desposeídos puede parecer extraño, especialmente a la luz del argumento según el cual una revolución que está socavando la propiedad como base del poder está concediendo derechos de ciudadanía a una nueva clase de personal técnico entre los cuales están los ejecutivos de las empresas. Y sin embargo, la clase gerencial ha estado sometida a una enorme tensión durante este período; una tensión originada en parte en la disociación de estatus: por un lado, su poder dentro de una empresa en particular; por otro lado, su poder y prestigio en la nación en conjunto.

La vieja empresa familiar estaba firmemente arraigada en la tradición legal y moral de la propiedad privada. Aquella "pertenece" al dueño, y era sancionada, dependiendo de los gustos teológicos de cada uno, por Dios o por el Derecho Natural. El *manager* moderno carece de las justificaciones familiares heredadas, puesto que cada vez es más habitual que sea reclutado de la amorfa clase media. Recibe un salario, primas, opciones, dietas y "beneficios" (uso de los aviones corporativos, membresía en clubes de campo), pero su poder es transitorio y él no puede legar su posición a su hijo^{xv}.

Para justificar su posición, el *manager* necesita una ideología. Este nervio ideológico no ha sido tan compulsivo en ningún otro orden capitalista (ni en Inglaterra ni en Alemania ni en Francia). Esta ideología ya no proviene de la propiedad privada sino de la empresa, y se respalda en el argumento de que sólo el sistema corporativo estadounidense puede proveer las condiciones para un buen desempeño económico. Pero si el desempeño es la piedra de toque, entonces el *manager* norteamericano se encuentra en una posición cada vez más mísera. La tasa de crecimiento de la economía estadounidense durante la pasada década ha sido asombrosamente baja. Y la "legitimidad" del gerente ha-

cia la cuestión acerca de quién le da el derecho a ostentar tamaño poder económico ha sido puesta en tela de juicio por los poderosos argumentos de Berle, Galbraith y otros.

Dentro de la empresa, la nueva cabeza corporativa se encuentra a menudo con el fastidioso problema de "disminuir" la importancia del líder sindical para así elevar su propio estatus. En una época en que la dirección es considerada un talento grande y novedoso, que involucra la administración de producción, investigación, finanzas, mercadotecnia, relaciones públicas y gestión de personal, el presidente de la compañía siente que ya no hay razones de peso para tratar a los líderes sindicales como iguales, especialmente teniendo en cuenta que la fuerza de trabajo, después de todo, es apenas un eslabón en la larga cadena coordinada por la administración. Las relaciones de trabajo, siente él, deberían reducirse a la dimensión adecuada, es decir, a una preocupación del gerente de personal.

Aún así, a la cabeza empresarial frecuentemente le resulta difícil obtener siquiera esta satisfacción, tal como se ha evidenciado en la industria del acero. Este sector sintió el escozor del poder sindical durante años, particularmente en U.S. Steel, que en 1957 quedó en manos de un nuevo equipo de dirección encabezado por Roger Blough, un abogado sin experiencia alguna en producción. El predecesor de Blough, Ben Fairless, un antiguo operario que se había abierto camino entre grandes dificultades, había intentado astutamente saciar la vanidad de Dave McDonald, presidente del sindicato acerero, mediante "visitas guiadas" por la planta. Se hablaba de "confianza mutua" entre los gerentes del capital y los representantes de la fuerza de trabajo. Pero Blough no tomaría parte en esta farsa, y cuando se hizo evidente que la escasa demanda permitía al sector realizar una huelga, se realizó.

La huelga duró tres meses y solo concluyó por la intervención del Vicepresidente Nixon y el Ministro de Trabajo Mitchell (tras una reunión secreta con Blough y McDonald en la casa del Vicepresidente), quien temía las consecuencias políticas de una lucha tan dilatada en la campaña de 1960. La huelga demostró en esta, como en una docena de otras áreas, que la industria no podía soltarse las riendas del gobierno, ni siquiera durante una Administración republicana). Esto quedó aún más dramáticamente probado por el castigo a Roger Blough en 1962. En la primavera de ese año, la Administración Kennedy, en un esfuerzo por mantener la relación entre salarios y precios, presionó al sindicato acerero para firmar un acuerdo que reportaría beneficios marginales pero, por primera vez en la historia del sindicato, no acarrearía un aumento de los salarios. Poco después, sin embargo, U.S. Steel, seguida por la mayor parte del sector, anunció un aumento inmediato de precios. En una explosión de furia, el coloso del gobierno federal se movilizó contra las grandes firmas acereras a través de amenazas de enjuiciamiento, la cancelación de órdenes de compra del gobierno y el arrullo de la comunidad empresarial; poco después, la industria acerera se había rendido.

Es improbable que la comunidad empresarial acepte esta abrumadora demostración de poder gubernamental sin realizar esfuerzos compensatorios a nivel político. Ya en 1960, el empeño de un conjunto de corporaciones encabezadas por *General Electric* por entrar “directamente” en política imitando a los sindicatos —tomando partido públicamente en los debates políticos, enviando inmensas cantidades de propaganda a sus empleados y al público en general, promoviendo referéndums acerca del Derecho al Trabajo en los estados—, ese empeño indicaba el ánimo de desposesión política en muchas corporaciones. Desde entonces, un número significativo de empresas ha estado haciendo aportaciones financieras a los seminarios de los evangelistas de la derecha radical^{xvi}. Pese a la mala reputación que se granjeó *General Electric* —la defensora más vociferante de la libre empresa— cuando el gobierno develó que esa y otra docena de eléctricas habían sido declaradas culpables de manipulación ilegal de precios y cartelización, es probable que el enredo Kennedy-Blough de 1962 proveerá un impulso aún mayor a las corporaciones para financiar la actividad política de la derecha en los años por venir.

7. Los Militares Desposeídos

Lo irónico del *establishment* militar estadounidense es que actualmente, cuando las fuerzas armadas, en los estados de nueva formación, vienen erigiéndose como el grupo dirigente (suele ser así porque es el único grupo organizado en las sociedades sin forma)^{xvii}, y cuando las partidas destinadas a fines militares alcanzan prácticamente el 50 % del presupuesto federal de los Estados Unidos, las más altas en tiempos de paz, los militares están siendo objeto de importantes cuestionamientos en su propio terreno. Los problemas de seguridad nacional, como los de la economía nacional, se han vuelto tan abrumadoramente complejos que ya no pueden resolverse simplemente por el sentido común o la experiencia. Como dejó escrito recientemente un autor en el *Times Literary Supplement*²⁶: “La forma en que probablemente se van a desarrollar los dispositivos armamentísticos; la oposición con la que se van a encontrar; la carga que previsiblemente van a representar para la economía nacional; la manera en que su posesión afectará a las relaciones internacionales y su utilización a la naturaleza misma de la guerra; los problemas técnicos para su control o abolición; todas estas cuestiones van más allá del alcance de los estudios de la Junta de Planificación Conjunta [*Joint Planning Staff*] o los informes del Servicio Civil [*Civil Service*]”^{xviii}.

El hecho es que *establishment* militar (debido a su ya obsoleta formación, sus formas de reclutamiento y promoción, los intereses creados en cada uno de los ejércitos, y a la presencia y concentración en los altos mandos de oficiales entrenados en estrategias anticuadas) no está preparado para la comprensión de los enfoques políticos modernos o para servirse de las herramientas de planificación estratégica actuales (la simulación

²⁶ Revista literaria semanal suplemento de *The Times*.

por computador, la programación lineal o la teoría de juegos). Como señaló Morris Janowitz en su estudio exhaustivo sobre las fuerzas armadas:

El plan de estudios no prepara suficientemente a los oficiales para las realidades de la gestión político-militar. El estudio de casos y los simulacros de guerra proporcionan una comprensión directa y un "sentido" de la logística y del dispositivo operativo que es necesario movilizar en las operaciones militares, pero no hay entrenamientos equivalentes que permitan valorar políticamente las relaciones internacionales...

La evidencia indica que tanto los *absolutistas* como los *pragmáticos*, en mayor o menor grado, sobrevaloran el potencial de la aplicación de la fuerza. Un enfoque realista de las relaciones internacionales incluye una apreciación de los límites del ejercicio de la violencia. La formación militar no aborda estos temas porque está enfocada en la guerra convencional y en la nuclear. Paradójicamente, el adiestramiento militar no enfatiza las posibilidades que ofrecen la contienda política y la guerra no convencional puesto que estas disciplinas se sitúan en la periferia de la profesionalización^{xix}.

En la última década la mayor parte de las deliberaciones sobre problemas estratégicos, políticos y económicos se ha realizado en universidades y organismos independientes, financiados por el gobierno, como la *Rand Corporation*²⁷. Ha surgido una nueva profesión, la del "intelectual militar", y hombres como Khan, Wohlstetter, Brodie, Hitch, Kissinger, Bowie y Schelling, tal y como señala el autor del *T.L.S. [Times Literary Supplement]*, "se mueven libremente por los pasillos del Pentágono y el Departamento de Estado como los Jesuitas en las cortes de Madrid y Viena trescientos años atrás".

En términos estructurales puede afirmarse que el estamento militar es una de las tres patas de la "élite del poder"²⁸, pero en realidad los oficiales de las fuerzas armadas se sienten desposeídos porque carecen de las aptitudes tecnológicas o conocimientos necesarios para dar respuestas a los nuevos problemas a los que se enfrentan. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial los militares se han implicado en una serie de pugnas para defender su posición de privilegio, empezando en 1945 contra los jóvenes científicos, físicos y nucleares, hasta la actual disputa con los "tecnipols" (forma despectiva con la que los militares se refieren a los teóricos y técnicos de la política) llevados al Departamento de Defensa por el Secretario McNamara²⁹.

27 Para conocer los objetivos de la Corporación RAND a día de hoy, diferentes de los que dieron lugar a su creación en 1948 como órgano de investigación y análisis que prestaba servicios y asesoraba a las fuerzas armadas de los Estados Unidos, puede visitarse su propia web: rand.org/about.html.

28 En alusión a la obra *The Power Elite* del sociólogo C. Wright Mills (1956), a quien Daniel Bell apoyó para obtener una plaza como investigador en la Universidad de Columbia en 1944. En su obra *La Élite del Poder*, Mills identifica tres esferas o a grupos minoritarios de individuos en las que se concentraba el poder de decisión en los Estados Unidos: el estamento militar, el político y el económico (propietarios y managers de grandes corporaciones). Estos grupos, interconectados entre sí, conformaban la élite del poder. Tal concentración de poder era posible, a juicio de Mills, porque en la sociedad estadounidense de la época «no existían asociaciones intermedias psicológicamente significativas e históricamente eficaces en las que los ciudadanos pudieran sentirse seguros y poderosos frente a las grandes corporaciones, un Gobierno inaccesible y una institución militar adusta».

29 Robert S. McNamara desarrolló su carrera profesional tanto en la academia, como en la empresa privada, la administración y el gobierno, y es una figura clave en el desarrollo de la organización gerencial y *management* modernos. Fue profesor de la *Harvard Business School* en la década de 1940, ejecutivo de *Ford Motor Company* a lo largo de tres lustros y su presidente en 1960, y Secretario de Defensa durante

El primer desafío lo planteó la comunidad científica sobre la necesidad de que el estamento militar siguiera manteniendo el monopolio del control de la energía nuclear. Con una actitud mesiánica digna de H.G. Wells, los científicos entraron en la arena política. Y como resultado de la presión hábilmente ejercida por algunos científicos jóvenes de Los Alamos, Chicago y Brookhaven³⁰, el Congreso aprobó la Ley McMahon por la que la Comisión de la Energía Atómica quedaba bajo control civil. J. Robert Oppenheimer, el científico que estuvo al frente del *proyecto Manhattan* para el desarrollo de la bomba atómica³¹, se convirtió en el principal asesor del Departamento de Estado y uno de los autores prioritarios del *plan Baruch*³².

El advenimiento de la Guerra Fría en 1947-1948 produjo la intensificación de las diferencias entre científicos y militares y durante los siguientes cuatro años ambas élites libraron una "lucha oculta" en los laberínticos corredores de Washington. El principal punto de fricción era si se debía construir o no una bomba H³³. El grupo de científicos integrados en la Comisión de Asesoramiento para la A.E.C.³⁴ en abrumadora mayoría —incluyendo Oppenheimer, Conant, Rabi, duBridge— se opusieron a la construcción de la bomba H, pero perdieron. Y un debate diferente surgió en torno a la necesidad [de una política] de defensa. El Comando Aéreo Estratégico, organismo sobre el que recae la potencia de bombardeo estadounidense, argumentó que no había defensa posible contra un ataque nuclear y que el único freno contra los rusos era la amenaza de un contraataque masivo. Estratégicamente esto significaba que la defensa descansaba únicamente en el aprovisionamiento de un gran arsenal atómico. Los científicos declararon frente al S.A.C.³⁵ que la defensa continental era posible —si los Estados Unidos eran capaces de tornarse invulnerables a los ataques atómicos [mediante el uso de escudos antinucleares] para poder librar las negociaciones con los rusos desde una posición de fuerza— y, además, que Europa occidental podía ser defendida con armas atómicas de carácter táctico y limitado, de manera que Estados Unidos no dependiera total ni únicamente de una estrategia disuasoria basada en armamento nuclear pesado.

Para demostrarlo los científicos obtuvieron el apoyo —a veces a hurtadillas— de los promotores del Consejo de Seguridad Nacional para el desarrollo de una serie de "juegos" [a modo de proyectos] de carácter estratégico. El Proyecto Lincoln que se desarrolló en el M.I.T.³⁶ para estudiar cuestiones de defensa, dando lugar más adelante a la red

siete años bajo las presidencias de Kennedy y Johnson. Presidió el Banco Mundial durante trece años.

30 Tres de los Laboratorios Nacionales de la extensa red de laboratorios científicos adscritos al Departamento de Energía de los Estados Unidos.

31 En la Segunda Guerra Mundial, impulsado por Estados Unidos, Reino Unido y Canadá.

32 Precursor en los planteamientos de no proliferación de armas atómicas.

33 Bomba de Hidrógeno.

34 Estas siglas se refieren a la *Atomic Energy Commission* (Comisión de Energía Atómica).

35 Siglas del *Strategic Air Command* (Comando Aéreo Estratégico).

36 Massachusetts Institute of Technology.

de radares D.E.W.³⁷, o sistema de alerta precoz, en el Ártico. El Proyecto Vista que contó con cinco destacados científicos de diferentes universidades, y se estableció en el *California Institute of Technology* con el objetivo de investigar el uso de armas atómicas de uso táctico.

El S.A.C. despreció ambos proyectos equiparando las técnicas de defensa continental con una Línea Maginot³⁸ aérea. Y pretendió bloquear la difusión de sus descubrimientos. Aun así, se acabaron por adoptar los resultados obtenidos por ambos laboratorios. Un sistema de alerta precoz fue creado y la estrategia de la OTAN revisada, lo que en la práctica supuso el fin del monopolio del S.A.C. sobre la política nuclear.

Aunque Robert Oppenheimer no era el principal instigador de estos movimientos —excepto en el caso del Proyecto Vista— él se convirtió en el símbolo de la oposición de los científicos a los partidarios de las grandes bombas nucleares. En noviembre de 1953, cuando el presidente Eisenhower puso a Lewis Strauss en la presidencia de la Comisión de Energía Atómica, Oppenheimer fue acusado de ser un riesgo para la seguridad nacional. Las bases de la acusación —que a finales de la década de 1930 Oppenheimer simpatizaba con varias organizaciones comunistas— eran sobradamente conocidas por las agencias de seguridad. Pero la auténtica motivación para la actuación de la A.E.C., tal y como se deduce de su testimonio ante el comité investigador, vino de la mano de hombres que creían fervientemente en el poder estratégico de las fuerzas aéreas, aborrecían la influencia de Oppenheimer, y que solo eran capaces de sacar conclusiones siniestras de sus posiciones políticas^{xx}.

Ha pasado casi una década del caso Oppenheimer y éste sigue constituyendo un vergonzoso ejemplo de disparate nacional. Las disputas estratégicas específicamente relacionadas con la importancia militar de los cazabombarderos han quedado obsoletas por los trabajos desarrollados sobre misiles. La inicialmente pequeña comunidad científica, extraída de unos pocos centros universitarios, donde se conocían unos a otros estrechamente, ha crecido y gracias al empuje de la exploración espacial, la tecnología de misiles y similares ya no está en manos del pequeño grupo de físicos nucleares que abrieron el camino de la nueva era atómica. Es inútil recordar que tampoco disponen ya del amplio respaldo social que disfrutaron en la década posterior a la Segunda Guerra Mundial. Y aunque los militares ganaron el primer combate con los científicos nucleares, en la década actual su posición como modeladores y ejecutores de políticas estratégicas ha sufrido una erosión constante. Porque en la actualidad la toma de decisiones y la estrategia implican una forma de análisis para la que no basta la experiencia. Si consideramos el problema complejo de la elección de un "sistema armamentístico" el largo plazo necesario para la planificación y prueba de las armas, por no hablar de su fabricación, re-

37 Acrónimo de *Distant Early Warning Line*, línea de estaciones de radar de detección temprana instalados estratégicamente en el Ártico para hacer frente a un potencial ataque nuclear, durante la Guerra Fría.

38 Línea de fortificaciones para la defensa construida por Francia durante la Primera Guerra Mundial a lo largo de su frontera con Italia y Alemania.

quiere inevitablemente de la participación de expertos en modelos matemáticos como único medio para tomar decisiones racionales. La reciente controversia sobre la conveniencia de los cazabombarderos RS-70 es un ejemplo. Los analistas de sistemas de la oficina del Secretario de Defensa, dirigidos por Charles Hitch, un economista de *Rand* y actualmente auditor del Pentágono, decidieron sobre la base del análisis informático que los RS-70 tripulados estarían más que obsoletos para cuando se reunieran las condiciones para su producción y que por lo tanto sería más adecuado concentrar el esfuerzo en el desarrollo de misiles^{xxi}. Frustrados por esta decisión el Comando Aéreo Estratégico y sus aliados en la industria aeronáutica solicitaron el apoyo del Congreso, y la Comisión de Asuntos Militares de la Cámara de Representantes votó a favor de la financiación del cazabombardero.

Pero los “tecnipols”, con McNamara al frente, han ido más allá del empleo de la programación lineal u otros dispositivos de planificación para sustentar racionalmente la asignación de recursos militares. El Pentágono en su totalidad ha sufrido una reorganización completa a fin de reducir el protagonismo de los ejércitos tradicionales —Ejército de tierra, Armada naval, Fuerza aérea y Marines— e introducir un sistema de agrupamientos “funcionales” con los que las misiones de cada ejército se combinan según objetivos económicos y estratégicos para poner a prueba su efectividad.

Lo que hay que destacar de toda esta reorganización es que consiste en algo más que en la simple introducción de técnicas modernas de gestión en una estructura extremadamente burocratizada. Porque la reorganización de programas y misiones surge de una nueva concepción de la composición estratégica de las fuerzas armadas, una visión política del papel de la guerra [con objetivos de naturaleza] limitada y del potencial nuclear, proveniente de los “tecnipols” más que del *establishment* militar.

Los ejércitos tradicionales y sus cúpulas militares han reaccionado a los cambios con consternación. Como expresaba un artículo en *Fortune*, “fue en este momento cuando los militares profesionales empezaron a mostrarse realmente alarmados. McNamara no los ignoró; escuchó como siempre sus opiniones sobre aspectos presupuestarios de los ejércitos. Pero su energía y pujante interés en las cifras y los datos dejó a la cúpula militar y a sus equipos con el sentimiento de que las computadoras estaban tomando el control”. Y este artículo de *Fortune*, reproduciendo la preocupación de la cúpula militar, fue un ataque velado a la inclinación de McNamara por la “cuantificación”; a su incapacidad para respetar “lo incalculable que había hecho de Curtis Le May [jefe de la unidad de grandes cazabombarderos] el mejor aviador del mundo”; a su “inexperiencia” en materia de estrategia militar y a su confianza en los tecnipols, “ese grupo cerrado de expertos no profesionales repartidos por el Departamento de Estado, la Casa Blanca y el Departamento de Defensa.” El mensaje del artículo está claro: los profesionales militares tradicionales estaban siendo desposeídos^{xxii}.

En cualquier debate sobre temas políticos o estratégicos es, por supuesto, exagerado hablar de “los militares”, “los científicos” o “los intelectuales militares” como si se tratara de entidades monolíticas. Sobre cualquier conjunto particular de cuestiones e incluso sobre valores fundamentales, los miembros de la comunidad científica mantienen las mismas divisiones (por ejemplo, Edward Teller y Hans Bethe³⁹) que los estrategas políticos, desde la línea de “conflicto prolongado” del grupo de la Universidad de Pennsylvania (Strausz-Hupe y Kintner), hasta los diversos esquemas de control de armas y regateo o negociación desarrollados por Thomas Schelling y Hans Morgenthau.

Lo relevante es que la comunidad militar ya no es la única, ni la principal, suministradora de estrategias, y en particular los oficiales de más edad, con intereses creados en torno a doctrinas militares e ideas sobre armamento sacadas de experiencias obsoletas, se sienten ignorados y arrinconados. Algunos —el Mayor General Walker es uno de ellos— pueden incluso llegar a creer que los intelectuales tienen un complot contra la nación. Sin duda la mayoría de los militares, como ya está pasando, se van a ver obligados, para cumplir sus objetivos, a participar en el reclutamiento de equipos de científicos (en parte a golpe de chequera), o en su defecto a establecer alianzas con ellos. Con el tiempo la profesión militar en sí misma puede verse sujeta a cambios con la práctica de nuevos métodos de entrenamiento, y podría dar lugar a la emergencia de un nuevo grupo social.

Se percibe en los oficiales retirados el rencor de una vieja guardia que ve cómo sus conocimientos se han ido quedando anticuados, como su autoridad es ignorada o rebatida, y que vienen sosteniendo con vehemencia que si únicamente se hubieran seguido “sus” consejos, los Estados Unidos no se encontrarían a la defensiva. Un número sorprendente de oficiales de alto rango, tanto en activo como retirados, están involucrados en organizaciones de extrema derecha. El *Institute of American Strategy*, financiado por la Fundación Richardson, sienta en su consejo al Contraalmirante Rawson Bennett, jefe de Investigación Naval; al Teniente General E.C. Itschner, jefe de Ingenieros; al Contraalmirante H. Arnold Karo; al Teniente General George W. Mundy, al Comandante del Colegio Industrial de las Fuerzas Armadas; y al General (retirado, de las Fuerzas Aéreas) E.W. Rawlings, vicepresidente ejecutivo de *General Mills, Inc*⁴⁰. El comité de estrategia nacional del *American Security Council*⁴¹, por ejemplo, cuenta con oficiales retirados como el Almirante Arthur W. Radford, expresidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que ha sido uno de los principales exponentes de la doctrina “represalias masivas”; el General

39 Dos brillantes y destacados físicos emigrados a los Estados Unidos desde Europa, que jugaron un papel clave en el desarrollo de la energía nuclear en ese país y que acabaron enfrentados por sus posiciones al respecto.

40 Destacada corporación del sector alimenticio fundada a mediados del siglo XIX.

41 Organización conservadora creada por el General y veterano de guerra Robert Wood, impulsor de la cadena de grandes almacenes *Sears*, y por Robert R. McCormick, presidente del *Chicago Tribune*, en 1955. Esta organización fue uno de los núcleos duros del complejo industrial-militar de la sociedad (de masas) norteamericana de la década de 1950 que Wright Mills trató con majestuosidad y detalle en *The Power Elite*, 1956.

Albert C. Wedemeyer, que sirvió en China; el Teniente General Edward M. Almond; el Almirante Felix B. Stump; el Almirante Ben Moreen (actualmente al frente de la *Republic Steel Corporation*⁴²); y el Contraalmirante Chester Ward.

Algunas figuras de menos relevancia son activos anticomunistas que han escalado puestos en las fuerzas armadas, frecuentemente en Inteligencia y que aspiran a ocupar cargos políticos. Por ejemplo, el General Brigadier Bonner Fellows (retirado), un ayudante del General MacArthur en tiempos de guerra, es el director nacional de un grupo denominado *For América*, y presidente del *Citizens Foreign Aid Committee* que, pese a su nombre, tiene como objetivo la reducción de ayudas al extranjero. El Teniente Coronel Gunther Hartel (retirado), un antiguo oficial de inteligencia destinado en Europa y en Extremo Oriente, lidera una organización llamada *American Strategy, Inc.* Estos y otros oficiales retirados se muestran activos en los numerosos “seminarios” y reuniones públicas organizados por grupos de la derecha radical.

La reputación de casi todos estos individuos y la invocación de su experiencia es el argumento para afirmar que las negociaciones o la coexistencia con los comunistas es imposible, que cualquiera que manifieste la necesidad de tal negociación está al servicio del comunismo y que una “política dura” —una forma *sotto voce* de referirse a una guerra preventiva o de un primer golpe— es la única manera de prevenir una eventual victoria comunista.

8. Las dicotomías de la política estadounidense y las perspectivas de la derecha radical

Hay una dicotomía significativa del *consenso estadounidense* que siempre ha formado parte de su búsqueda de autodefinición y de la propia identidad: Jefferson contra Hamilton, republicanismo versus federalismo, agrarismo versus capitalismo, la frontera del Oeste versus el Este industrial. Si bien estas dicotomías han tenido una presencia significativa en el pasado, actualmente parecen haberse diluido. No se percibe ninguna fuerza conservadora coherente — y alguien como Walter Lippmann, cuya obra *The Public Philosophy* representa una voz genuinamente conservadora, rechaza a la derecha tanto como ésta a él— y la derecha radical se sitúa fuera de la moderación política en la medida en que se opone al *consenso estadounidense*. Tampoco existe una izquierda viable hoy en día en Estados Unidos. Los elementos pacifistas y socialistas han sido incapaces de dar relieve a los debates sobre la Paz. Los radicales han sido incapaces de desarrollar una crítica coherente de los desequilibrios de la sociedad estadounidense —el desorden urbanístico, la fragmentación del sistema educativo nacional, la falta de servicios e instalaciones para el ámbito cultural—. Entre los liberales solo permanecen “las ideas recibidas”, obsoletas, sin modificar, de las políticas del *New Deal*. Una muestra del escaso

42 En esa época uno de los más importantes fabricantes de acero de los Estados Unidos y rival de U.S. Steel.

nivel existente en el debate intelectual contemporáneo es que desde la perspectiva de la derecha radical los *Americans for Democratic Action*⁴³ se sitúan en la “extrema izquierda” del espectro político, y que la revista *Life* tacha de “extrema izquierda” al insignificante *Councils of Correspondence*, un grupo pacifista mal organizado dirigido por Erich Fromm y David Reisman, para contraponerlo a la “extrema derecha” de la *John Birch Society* en aras de establecer un falso balance.

En cualquier parte del mundo la *política del conflicto* tiene inevitablemente un lado emocional, pero en Estados Unidos, que carece de una base doctrinal históricamente construida —en contraposición con las divisiones ideológicas de Europa— va tomando, en ausencia de conflictos de intereses y económicos entre grupos, una dimensión psicológica o de estatus. En esta polarización psicológica, la derecha se ha comportado frecuentemente con extrema hostilidad y la izquierda con *resentimiento*. Actualmente la política de la derecha radical es la política de la frustración —la amarga impotencia de aquellos que sienten que no pueden entender, y menos aún dirigir, la complejidad de la sociedad de masas en que se ha convertido la política hoy. En nuestro tiempo, únicamente la comunidad negra viene avivada por una política del resentimiento —y este resentimiento, basado en demandas justas de equidad, no representa una oposición de orden psicológico [simbólico] para la derecha radical—. En la medida en que no hay una izquierda de verdad para contraponerse a la derecha, los liberales son el blanco psicológico de su frustración.

Una de las razones por las que la política [en su vertiente] psicológica puede brotar con mucha mayor facilidad aquí que, digamos, en Reino Unido es el carácter marcadamente “populista” de las instituciones estadounidenses, y el carácter volátil de la opinión pública. En la estructura mal definida y poco articulada de la vida estadounidense, la opinión pública ha representado, incluso por encima de la ley, la sanción más eficaz contra los inconformistas y disidentes. Aunque los estadounidenses suelen responder ante un problema con la fórmula “debería haber una ley”, su respeto por la misma ha sido mínimo y durante períodos de extrema agitación, bien por la acción vigilante de una masa o la retirada de un libro de la biblioteca escolar, las sanciones punitivas de la opinión sustituyen a la ley con presteza. La apertura y el igualitarismo del sistema político estadounidense se basa en el derecho de la gente a saber, y los comités del Congreso, ya sea investigando las políticas de precios de las empresas o las inclinaciones políticas de los individuos, han basado históricamente sus exigencias de investigación en esta premisa populista.

Siempre ha sido más fácil “movilizar” la opinión pública sobre la legislación aquí que en Inglaterra, y en Estados Unidos las masas tienen un acceso más directo a la política^{xxiii}. El sistema de elección presidencial (al contrario que en el sistema de gobierno ministe-

43 Grupo de presión de carácter progresista afincado en Washington con más de setenta años de historia: adaction.org/about.

rial) con los candidatos interpelando a cada votante y, si es posible, estrechándole la mano, conlleva una relación directa con el electorado. Y mediante cartas, llamadas de teléfono o visitas personales, cualquier individuo tiene acceso directo a su representante en el Congreso para condicionar su voto. El Congreso, con su elaborado andamiaje de prerrogativas senatoriales, a menudo permite que un rebelde como Borah, Norris, o Robert La Follette se apodere del escenario o que un granuja elefante [republicano] como Huey Long o Joseph McCarthy cargue contra las iniciativas gubernamentales.

Pero si bien el carácter populista de las instituciones políticas y la influencia generalizada de la opinión pública favorecen que los movimientos sociales prendan como un fuego inesperado en el bosque de la arena política, la rigidez del sistema de partidos, los frenos y contrapesos de la Presidencia y de la estructura judicial restringen el desarrollo de tales movimientos. La *cruzada por la templanza* [contra el consumo de alcohol] es un ejemplo de cómo un movimiento social que operaba fuera del sistema de partidos fue capaz de imponer una concepción unitaria del comportamiento social en el país, lo cual ocurre en contadas ocasiones; y aun así la prohibición [de consumir alcohol] fue derogada tan solo dos décadas después. Hasta hace poco el sistema presidencial y de partidos practicaba una “disciplina de pactos” que ha permitido mantener fuera de juego de la principal arena política a esos rebeldes y a los pícaros elefantes [republicanos].

Desde esta perspectiva, ¿cuáles son las posibilidades de la derecha radical? ¿Hasta qué punto representa una amenaza para la política democrática de Estados Unidos? Algunos observadores políticos muy competentes señalan con pesar que la derecha radical es un movimiento político relevante. Richard Rovere ha escrito:

La prensa trata a la extrema derecha como si fuera una tendencia creciente en la política norteamericana, y algunos políticos están tan obsesionados con ella como otros lo están con la extrema izquierda. Si algún día la extrema derecha llega a ser un movimiento importante, la prensa y los políticos en su obsesión tendrán que dar muchas explicaciones. Por el momento nada indica que en el futuro vaya a ocupar más espacio político que en la actualidad. No hay evidencia alguna de que la proliferación reciente de organizaciones de derecha radical, a veces francamente subversivas, sea el origen ni la consecuencia de la propagación de ideas ultraconservadoras. Por el contrario, lo que la evidencia sugiere es que estas organizaciones están realizando grandes esfuerzos para evitar la desaparición del ultra-conservadurismo^{xxiv}.

A primera vista la valoración de Rovere es indudablemente correcta. En la primavera de 1962, tanto el vicepresidente Nixon como el senador Goldwater hicieron movimientos para desvincularse de la extrema derecha. Nixon renegó bruscamente de los *Birchites* con el argumento de que eran una carga, y Goldwater, más cautelosamente, expresó su preocupación en relación a que, no tanto los *Birchites* como su líder, Robert Welch, podría haber ido demasiado lejos. Aún así el futuro es más incierto de lo que sugiere Rovere. Está en la naturaleza misma de un movimiento extremista, dada la tensión que atesora en su postura y la necesidad de mantener su paroxismo, estar dispuesto a movilizarse, a estar en movimiento, a actuar. Tienen que estar en constante agitación. En au-

sencia de cualquier controversia que permita mantener el tono dramático, [la derecha radical] puede desgastarse con rapidez, tal y como le ocurrió al *macartismo*. Pero en este sentido las posibilidades de la derecha radical dependen considerablemente de la situación internacional. Si ésta se estabiliza es probable que la derecha radical pierda fuelle. Si la situación internacional empeorara —si Laos y todo Vietnam cayeran en manos de los comunistas; si en el hemisferio occidental los regímenes moderados de Bolivia y Venezuela fueran derrocados por los comunistas— entonces la derecha radical podría intensificar su apoyo a una incursión para una “acción inmediata”, una declaración de guerra en esas zonas, un golpe preventivo, o acciones en una “línea dura” de similares características. Y puesto que políticos conservadores como Nixon y Goldwater están comprometidos, al menos en el plano retórico, con una posición anticomunista firme, [estos políticos] se verían obligados a sumarse para no hundirse.

Con todo, dadas las severas tensiones de la vida estadounidense, la derecha radical representa una amenaza para las libertades, en un sentido algo distinto y menos inmediato. La democracia, como la triste historia de Europa ha mostrado, es un sistema frágil; y si hay que retener una lección de las caídas de los gobiernos democráticos en Italia, España, Austria y Alemania, así como de las profundas divisiones en Francia, es que el punto crucial de no retorno llega, como ha señalado Juan Linz, cuando los partidos políticos o los movimientos sociales pueden conformar con éxito sus propias milicias, cuyo recurso a la violencia —lucha callejera, colocación de explosivos, boicot de los mítines del adversario, o la simple intimidación— queda fuera del control de las autoridades elegidas, y el uso de la violencia es justificado y legitimado por los elementos respetables de una sociedad.

En Estados Unidos, los grupos de extrema derecha de finales la década de 1930 —*Coughlinites*, *German-American Bund*, grupos fascistas nativos—, todos ellos, buscaban fomentar la violencia pero nunca obtuvieron legitimidad, apoyo y respeto. El movimiento *macartista* de principios de la década de 1950, a pesar de las embestidas extravagantes de su epónimo líder, nunca se atrevió, al menos retóricamente, a ir más allá del marco de trabajo tradicional para instaurar un sistema probatorio de fidelidad y seguridad. Los *Birchers*, y el pequeño aunque dañino grupo *Minutemen*, como epítomes de la derecha radical, están deseando desgarrar el tejido de la sociedad estadounidense para instaurar sus objetivos, y obtuvieron temporalmente un aura de legitimidad por parte de la derecha conservadora.

Los actos de barbarie raramente surgen de la nada. Como decía Freud, primero uno actúa de palabra y luego pasa a los hechos. Es paso a paso que una sociedad va aceptando, con cada vez menos indignación moral y mayor indiferencia hacia la legitimidad, sucesivos estallidos. Lo más alarmante del surgimiento de la derecha radical de la década de 1960 es el apoyo que ha obtenido por parte de los líderes tradicionales de la comunidad, que han sido condicionados, mediante un anticomunismo indiscriminado que equi-

para toda forma de liberalismo con el comunismo, para juzgar como respetable un movimiento que, si triunfa, solo puede acabar con las libertades que [esos líderes] tienen en tan alta estima.

Referencias bibliográficas⁴⁴

* Alexander, Jeffrey C. y Rubén Díez García (2021). Epílogo. A propósito de 'Frontlash/Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions', de Jeffrey Alexander. En defensa de la democracia liberal: la superposición del binomio "acción-reacción". *Política y Sociedad*, 58(2), e74514. <https://doi.org/10.5209/poso.74514>

Danzig, David (1962). The Radical Right and the Rise of the Fundamentalist Minority. *Commentary*, abril.

Evans, Medford (1953). *The Secret War for the A-Bomb*. Regnery Press.

Gilpin, Robert (1962). *American Scientists and Nuclear Policy*. Princeton University Press.

Hitch, Charles y Roland N. McKean (1961). *The Economics of Defense in the Nuclear Age*. Harvard University Press.

Janowitz, Morris (1960). *The Professional Soldier*. The Free Press.

* Laruelle, Annick (2021). Gerrymandering: cuando los políticos eligen a sus votantes. *The Conversation*, 21 de enero, ([enlace](#)).

Leites, Nathan (1951). *The Operational Code of the Politburo*. McGrawHill.

Lippmann, Walter (1928). *American Inquisitors*. Macmillan.

* Mills, Wright (1956). *The Power Elite*. Oxford University Press.

Morrison, Elting E. (ed.) (1960). *The American Style*. Little Brown.

Murphy, Charles J.V. (1962). The Education of a Defense Secretary. *Fortune*, Mayo.

Newcomer, Mabel M. (1955). *The Big Business Executive*. Columbia University Press.

Rovere, Richard (1962). Letter from Washington. *The New Yorker*, 24 de febrero.

* Warner, R. Stephen (1966). The Civil Order: the Sociological Politics of Edward Shils. *Berkeley Journal of Sociology*, 11, 82-97. <https://www.jstor.org/stable/42889014>.

* Westin, Alan F. (1962). The John Birch Society: "Radical Right" and "Extreme Left" in The Political Context of Post World War II. En D. Bell (ed.), *The radical right. The new american right expanded and updated*. Doubleday & Company.

44 Se incluyen tanto las referencias bibliográficas del texto original de Daniel Bell como las citadas en las notas de la traducción, estas últimas sangradas y marcadas con un asterisco para su diferenciación.

i “Memorando entregado al Departamento de Defensa sobre las actividades de propaganda del personal militar”, por el Senador Fulbright, Registro del Congreso, 2 de agosto de 1961, págs. 13436-13442. Tal y como el *New York Times* resumió esta directiva de la N.S.C., “el presidente Eisenhower y sus principales líderes políticos decretaron que la guerra fría no podía librarse como una serie de acciones separadas y con frecuencia no coordinadas, como [venía ocurriendo] con la política de propaganda y ayuda exterior. Más bien, debe combatirse concentrando todos los recursos del Gobierno y con el pleno apoyo y entendimiento de la población civil. Se decidió, en concreto, que los militares deberían ser utilizados para reforzar los esfuerzos de la guerra fría”.

ii Siguiendo el relato de Murray Kempton en el *New York Post* de 26 de octubre de 1961.

iii En esta línea es típica la pregunta que el reverendo Billy Hargis reitera constantemente: ‘¿Cómo puede explicar los errores de nuestros líderes en estos últimos 30 años si no hay comunistas que los aconsejen? Hargis es uno de los evangelistas más extravagantes de la derecha radical’. [El semanal] *The Weekly Crusader* que él publica incluye una sección resumen sobre cuestiones de inteligencia exterior, escrita por el Mayor General, retirado, Charles A. Willoughby. Willoughby fue jefe de Inteligencia del General Douglas MacArthur en el Pacífico.

iv Para una explicación técnica más elaborada de este mecanismo psicológico, ver Leon Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance* (Row, Peterson; Chicago, 1957), especialmente el Capítulo 10, que trata el estudio de los rumores. La teoría de Festinger propone explicar cómo los individuos intentan conciliar a un tiempo —o en lenguaje más técnico, “reducir la disonancia” de— dos creencias contradictorias; por ejemplo, la creencia de que fumar reduce la tensión y el miedo a que fumar pueda producir cáncer. Cuando las creencias tienen especificidad propia, la negación [de alguna de ellas] puede ser un mecanismo sencillo [de proceder], [también] bajo ciertas condiciones su conversión para considerar [justamente] lo contrario, o, si existen vagos recelos [respecto a tales] creencias, la confección de amenazas que permitan “justificar ese miedo” se convierte en otro mecanismo.

A la luz de la teoría de Festinger, sería interesante enfrentar a una muestra de la derecha radical con el dilema que supone dar una explicación a la creencia de [que existe] una creciente amenaza interna de infiltración comunista en el gobierno, con el hecho de que J. Edgar Hoover sea de forma continuada el director del FBI —la única figura que parece ser sacrosanta para la derecha—. Dado que Hoover ha estado en el cargo durante todos los años en que el Comunismo supuestamente crecía como amenaza interna, ¿cómo explicar la incapacidad del FBI para lidiar con ello? Uno podría decir que los comunistas eran más astutos que Hoover, pero eso empañaría su imagen. O uno podría decir que Hoover había sido atado de pies y manos por las sucesivas administraciones, incluso por la Republicana. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué aceptaría tales ataduras un incondicional anticomunista de su talla? Uno podría replicar que Hoover consideraba de mayor importancia su labor en el cargo que [escenificar] un gran acto de renuncia (como el del general Walker). Pero si la infiltración comunista ha sido tan grande como para extenderse casi hasta, por no decir como para infiltrarse dentro de, la Casa Blanca, ¿por qué no podría salir [él a la palestra] y desenmascarar la trama? Pero entonces, dado que la amenaza comunista puede aún hacerse mayor, su presencia en el cargo todavía sería necesaria; o, horrores de admitir la [siguiente] idea, bien podría ser, dando la vuelta a *The Man Who Was Thursday* de G.K. Chesterton, el mismísimo J. Edgar Hoover el principal agente de la conspiración comunista en Estados Unidos, lo que explicaría la protección de la que ha sido objeto la conspiración hasta ahora. Es obvio que las posibilidades que ofrece tal lógica de pensamiento son bastante provocativas, y perfectamente pudiera ser que Robert Welch, en la intimidad de su oficina, las haya contemplado. Pero si eso fuera así, ¿quién, entonces, es inmune a esta peste?

v El “estilo” de un país, o de una organización, es en este sentido una contrapartida literaria de la idea de un “código operacional”, los “se puede” y “no se puede” que implícitamente prescriben y proscriben formas aceptables de acción para una organización o un grupo. Para una aplicación técnica y explícita de este concepto, ver la obra de Nathan Leites *The operational Code of the Politburó* (New York, McGrawHill, 1951).

vi Un punto de vista sostiene que el carácter nacional hunde sus raíces en el sistema lingüístico de cada país. Así, como si fuera un viejo chiste, el inglés se gana la vida [*earns his living*]; el francés *gagne* (gana [gains]); el alemán *verdient* (gana, con la connotación de servicio); el norteamericano se gana su sustento [*makes his livelihood*]; y el húngaro *keretznenni* (busca y encuentra) su sustento.

vii Los tipos de asesinato y los estilos pornográficos son el reflejo de una sociedad, pues revelan modos en los que, directa e indirectamente, la sociedad satisface sus deseos prohibidos. La muerte en el modo norteamericano es impersonal, repentina y violenta, en lugar de ser el resultado de una larga enfermedad, como, por ejemplo, en *The magic Mountain*. La pornografía en Mickey Spillane (en contraste con la francesa *L’Histoire d’O*, con su complejo relato de servil sumisión femenina ante siniestras demandas eróticas) es un súbito, compulsivo énfasis en la brutalidad masculina, que traiciona su propio miedo a la castración o la impotencia.

viii En *The American Style* (Little, Brown, 1960), editado por Elting E. Morrison.

ix Para una discusión anterior sobre las raíces históricas de este moralismo, ver el capítulo 2.

x Walter Lippmann, *American Inquisitors* (New York, Macmillan, 1928).

xi Definir sociológicamente “urbano” —con los datos estadísticos del Gobierno— es una tarea difícil. Así, en 1920 alrededor de 54.157.000 personas vivían en zonas urbanas y 51.000.550 lo hacían en zonas rurales. Pero en la época se entendía por “rural” solamente las poblaciones por debajo de 2.500 habitantes. Claramente, muchas de las personas que viven en pequeñas ciudades tienen actitudes *rurales*. En este sentido, en 1920 dieciséis millones de aquellos habitantes pertenecientes a “territorios urbanos” vivían en ciudades por debajo de 25.000 habitantes. Si se toma la población de 25.000 habitantes como línea divisoria entre “urbano” y “pequeña ciudad” entonces no es hasta 1960 que una mayoría de americanos vive en zonas urbanas. Claro que desde 1950, el incremento de residentes en suburbios ha complicado todavía más la definición. Si tomamos como criterio la definición del Censo de un área metropolitana (por ejemplo, poblaciones residentes en un condado, o grupos de condados contiguos en los que hay por lo menos una ciudad de 50.000 habitantes), hacia 1950 poco más de la mitad de la población de los Estados Unidos vivía en áreas metropolitanas. (Para la revisión de datos consultar *The Historical Statistics of the United States*, Series A, pgs. 195-209, y *the Statistical Abstract of the U.S.*, 1960, pgs. 14-15.)

xii “The Radical Right and the Rise of the Fundamentalist Minority”, *Commentary*, abril, 1962.

xiii Para el actual sentido de estas ideas como señaló Richard Hofstadter en un memorándum para *Fund for the Republic* en 1955, “Una simple mirada a los contenidos de algunos periódicos de la derecha mostrará que el miedo a la modernidad que inspiró las cruzadas fundamentalistas de 1920, y la aversión por la vida políglota de la ciudad y de los inmigrantes judíos y católicos, que inspiraron el Ku Klux Klan, está todavía presente en la extrema derecha.”

xiv La racionalización de los programas agrícolas por parte de las diversas administraciones —que sostienen los precios de los productos agrícolas y subvencionan al agricultor a cambio de que no produzca— ofrece un fascinante ejemplo de la moralización ideológica de la derecha. Para aquellos educados en virtudes fundamentalistas, la idea de ser pagado para no producir es un considerable dilema moral. Pero dada la sobreproducción existente en agricultura, operar en un mercado libre produciría la inmediata desaparición de miles de granjeros y agricultores. La función de la restricción del área cultivable es ajustar la demanda a la oferta y el sostenimiento de los precios agrícolas que provee a los granjeros de un colchón de ingresos que les facilita la supervivencia. Estos programas, que cuestan miles de millones al año, son ideológicamente defendidos en base a la protección de la propiedad privada. Sin embargo, el esfuerzo de ayudar a los trabajadores con una compensación al desempleo —que tiene la misma función de protección— es criticada cómo un debilitamiento de la fibra moral, y la sugerencia de retrasar los cambios tecnológicos que podrían alterar la estabilidad para miles de vidas es señalada como un freno al progreso.

xv Sobre el declive de la posición social heredada y el nepotismo en las grandes corporaciones, ver la obra de Mabel M. Newcomer *The Big Business Executive* (New York, Columbia University Press, 1955).

xvi El *National Education Program* en el *Harding College* de Arkansas en el que se preparan documentales sobre comunismo y material sobre emprendimiento ha sido utilizado ampliamente por *General Electric*, *U.S. Steel*, *Olin Mathieson Chemical*, *Monsanto Chemical*, entre otros. *Boeing Aviation* y la *Richfield Oil Company* han patrocinado numerosos seminarios anticomunistas en la costa oeste. La *Jones and Laughlin Steel Company* dispone de un amplio programa de propaganda para sus empleados. Una de las firmas más activas es la *Allen Bradley Company* de Milwaukee que fabrica herramientas para maquinarias y equipamientos eléctricos. La *Allen Bradley Company* se publicita en la revista de la *John Birch Society* y volvió a imprimir el testimonio del Dr. Fred Schwarz ante el Comité de Actividades Antiamericanas, una reedición de la que Schwarz dice que tuvo “más difusión que cualquier otro documento del Gobierno en la historia de los Estados Unidos, con la posible excepción de la Carta de Derechos, la Declaración de Independencia y la Constitución”. La *Allen Bradley Company*, que constantemente exalta las virtudes de libre mercado, fue una de las compañías condenadas por fraude en concursos públicos y amaño de precios.

xvii Uno de los factores que ha actuado como salvaguarda de la democracia en Inglaterra y en los Estados Unidos es que ninguno de ellos dispone de grandes ejércitos permanentemente instalados en tierra. La insularidad de Inglaterra hizo que depositara su protección en la Armada [*Navy*] cuyas fuerzas estaban siempre lejos de la costa, y el aislamiento continental de los Estados Unidos hizo innecesaria la construcción de ninguna fuerza militar permanente. Allí donde hay grandes ejércitos, los militares, que siempre han representado un bloque organizado cuyo control de los medios para aplicar la violencia es decisivo, casi siempre se han inmiscuido en la arena política. Así, el ejército alemán en 1920, ante una situación crítica, defendió la República de Weimar (en contra de los golpistas de la derecha), pero en un segundo momento crítico, en 1932, (con las maquinaciones de Von Schleicher), contribuyó a su caída. En España en 1936, en Francia en 1960, y más recientemente en Argentina, Turquía, Corea, Pakistán, Birmania, y así muchos, las fuerzas armadas han sido un factor político decisivo en la sociedad.

xviii “The Military Intellectuals,” Suplemento Literario de Times (Londres), 25 de Agosto 1961.

xix Morris Janowitz *The Professional Soldier* (The Free Press, 1960), p. 429.

xx El General de División Roscoe C. Wilson, antiguo comandante de la the former chief of Air War College, testificó que en una ocasión “me sentí obligado a acudir al jefe de Inteligencia para expresar mi preocupación sobre lo que consideraba era un patrón de operación militar que simplemente no sirve para la defensa nacional.” Los puntos denunciados de este patrón incluían el interés de Oppenheimer en la “internacionalización de la energía atómica”, su insistencia en afirmar que era técnicamente prematuro construir aviones de propulsión nuclear y su conservadurismo con los misiles termonucleares. (Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, “En el caso de J. Robert Oppenheimer”, transcripción de las comparecencias ante *Personnel Security Board*, Oficina de Imprenta del Gobierno (Washington 1954, pgs. 684-85).

La decisión de la mesa del A.E.C. (Comisión de Energía Atómica) fue curiosa. Su presidente, Gordon Gray, rector de la *University of North Carolina*, señaló que si los miembros de la junta hubiesen aplicado el sentido común en lugar de las reglas estrictas de las normas de seguridad sus conclusiones podrían haber sido otras. Pero a la luz de tales normas, aunque la “lealtad” de Oppenheimer estaba acreditada, tenía que ser declarado como un riesgo para la seguridad. La junta del A.E.C. al completo, con una votación de cuatro contra uno, dictó una sentencia aún más dura impidiendo a Oppenheimer el acceso a cualquier material clasificado. Ver también Robert Gilpin, *American Scientists and Nuclear Policy* (Princeton University Press, 1962), capítulo IV, para un debate sobre el Proyecto Vista y el Proyecto Lincoln.

xxi La mayor parte del pensamiento económico más reciente está recogido en el estudio de Charles Hitch y Roland N. McKean *The Economics of Defense in the Nuclear Age* (Harvard University Press, 1961), realizado en *Rand* antes de que Hitch fuera nombrado interventor del Pentágono.

xxii Ver “The Education of a Defense Secretary” de Charles J. V. Murphy, revista *Fortune*, Mayo 1962. Murphy, el corresponsal del ejército en *Fortune*, ha reflejado repetidamente los puntos de vista del grupo dirigente militar en sus luchas contra los científicos y demás críticos con el ejército. El relato empático de Murphy sobre la reorganización del Pentágono es el primero en dar cuenta de los conflictos “ocultos” entre los servicios tradicionales y McNamara, consecuencia de la introducción de la planificación a largo plazo en el Departamento de Defensa. Como escribe Murphy “se movió con tanta agilidad y con tanto descaro que McNamara una y otra vez afrontaba una decisión mientras todavía meditaba sobre las consecuencias de la dirección inicial de sus acciones”

“En dos meses, McNamara produjo proyectos para la línea de actuación de Kennedy para las fuerzas estratégicas y las convencionales. Los nuevos requisitos en la primera área fueron elaborados por un grupo de trabajo dirigido por un ex-economista de *Rand*, Charles J. Hitch, interventor del Departamento de Defensa. Los de las fuerzas de guerra limitada fueron desarrollados por otro grupo de trabajo bajo el mando de Paul H. Nitze, un ex-banquero de inversión y planificador del Departamento de Estado que fue y sigue siendo el Secretario Asistente de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional. El trabajo estaba casi terminado antes de que los militares hubiesen comprendido que algo inusual estaba sucediendo. Siguiendo una tradición los servicios militares habían elaborado sus propias exigencias. Ellos decidían y los civiles disponían. Con McNamara sin embargo el sistema se volvió de repente patas arriba. McNamara y sus estrategias legos en la materia decidían qué armas, qué fuerzas y en qué cantidades hacían falta; los Jefes de servicio se encontraron en la extraña posición de tener que revisar sistemas armamentísticos y estructuras de fuerzas que nunca habían contemplado.”

xxiii En la estructura de la élite política británica los distritos electorales (ni, como aquí, cientos de jefes políticos locales que están en el juego político) no detentan el control en favor de los pequeños grupos parlamentarios que son legal e históricamente independientes del control de los partidos. La élite británica, comprometida con el “civismo en la política”, tiende a atenuar cualquier extremismo de la estructura política superior, al tiempo que el sistema de control mantiene las masas fuera y dificulta sus movilizaciones dirigidas a ejercer presiones directas sobre el gobierno.

xxiv “Letter from Washington”, *The New Yorker*, 24 de febrero de 1962.